



# En búsqueda de una imagen

IVÁN DE JESÚS PEÑARANDA ORTIZ









# En búsqueda de una imagen

IVÁN DE JESÚS PEÑARANDA ORTIZ

Tesis presentada como requisito para optar al título de Magister Interdisciplinar en Teatro y Artes Vivas.

Directora de Tesis: Adriana María Urrea Restrepo

Co-Director: Luis Guillermo Henao Pérez

Línea de Investigación: Artes Vivas, Performancia y Política

Universidad Nacional de Colombia en convenio con la Universidad del Atlántico,  
Facultad de Artes, Barranquilla, Colombia  
2018-2019



UNIVERSIDAD  
**NACIONAL**  
DE COLOMBIA



*Mis agradecimientos profundos a todos los maestros(as) y  
compañeros(as) que me han acompañado en esta deriva...*

*A los que han sido brújula y faro...*

*A los que han sido apoyo y emoción.*

*A Luis Henao por estar siempre, por apoyarme siempre y por  
enseñarme siempre.*

*A Adriana Urrea por acompañarme en esta deriva poética y  
ayudarme a emprender este viaje en búsqueda de una imagen.*

*A Saulo Henao por poner a mi disposición toda su  
creatividad y paciencia.*

*A José Herrera por toda su entrega.*

*A Kelly Johanna Acuña por su apoyo incondicional y cariño.*

*A Carlos Villa por su amistad y aportar su talento y su buen humor.*

*A Ligia Rincón por inculcarme el amor por el teatro.*

*A mi padre y familia.*

*A Hernán por ser el motor de mi búsqueda.*



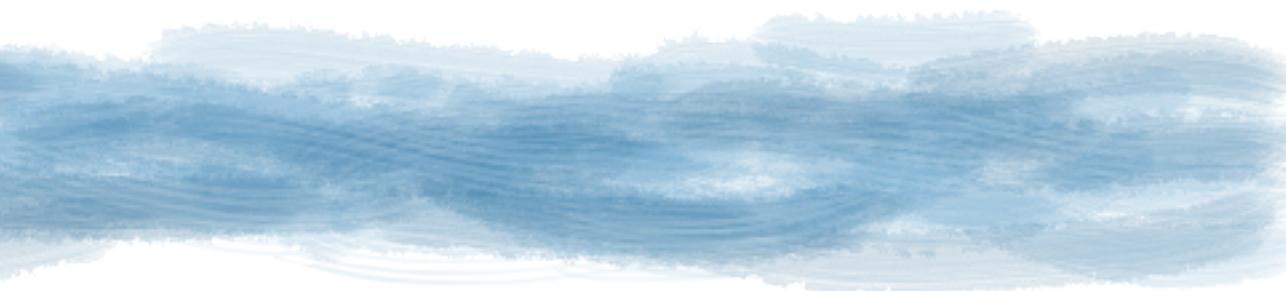






## Un viaje (a un pueblo) que desconocía

El domingo 18 de agosto de 2019 viajé a Armero, en busca de H. Quería correr el velo de niebla que perturbaba un pedazo de mi historia personal. No es tarea fácil enfrentarse a lo desconocido, tanto en lo personal como en lo artístico. Implica incertidumbre, zozobra, desasosiego. Hice un viaje sin itinerario, sin planes, sin saber dónde hospedarme, sin alguien que me guiara. Solo existía la necesidad de enfrentarme a la realidad. Así ocurrió también con este proceso artístico. Durante un tiempo evadí la necesidad de enfrentar a esa sombra que vislumbraba, pero un día se hizo perentoria. Emprendí entonces el viaje a Armero para encontrar imágenes, sensaciones, huellas de esa sombra y pudiera llevarla a escena.



Ese domingo a las cinco de la tarde en el Terminal de Transportes de Bogotá, al subirme al bus con destino a Honda, tuve muchos pensamientos. Se imponía el desasosiego que me causaba la incertidumbre, el no saber lo que iba a encontrar, pues nunca había ido a Armero. Apenas conocía lo que había recopilado de las noticias, documentales y la lectura previa del libro *El barro del silencio*, escrito por Juan David Correa en el que recordaba la historia de sus abuelos, quienes desaparecieron después de la avalancha de 13 de noviembre de 1985 en Armero. Me aventuraba a estar allí, ese lugar que un momento de la historia se convirtió en la segunda ciudad más importante del Tolima.

¿Cuál era la necesidad del viaje? Sé que como artista uno emprende una suerte de viaje durante los procesos de creación. Es darse la oportunidad de transitar de lo conocido a lo desconocido; quizás también no

hay arte sin ser leal a esa necesidad (temible a veces), de aventurarse a lo desconocido. Así fue un poco la decisión de aplicar a la Maestría Interdisciplinar en Teatro y Artes Vivas de la Universidad Nacional de Colombia. El ser admitido se convirtió también en un viaje a lo desconocido: a pesar de haber estado tangencialmente cerca durante un año antes de ingresar, ignoraba lo que realmente me iba a encontrar. Tenía apenas intuiciones, y con la vaguedad de las mismas maneras decidí emprender el viaje a lo desconocido. Venía del teatro. ¿Qué serían las Artes Vivas? ¿Qué implicarían? Con un raudal de preguntas me encontraba ese día de agosto y con suposiciones de lo que me podría deparar este viaje.

### •Primera parada: Honda

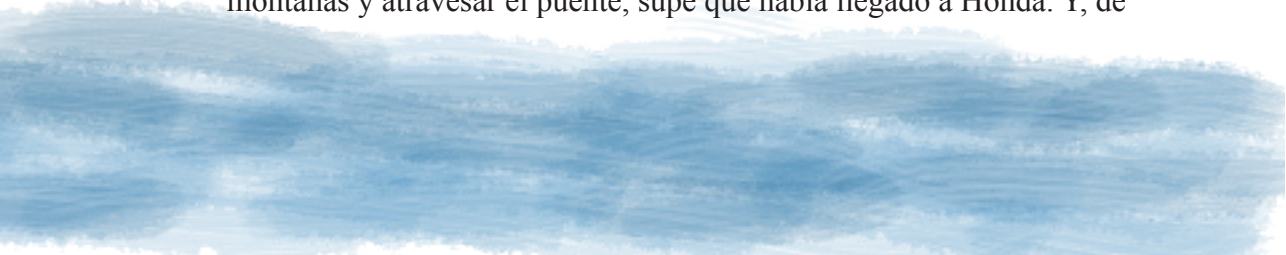
Fue un viaje largo y agotador: Bogotá-Honda por tierra. Había llegado a la capital ese mismo día, por avión, procedente, de Barranquilla. Se hizo más largo, quizá, siempre con esa sensación que me acompañaba y que nunca me abandonó: la incertidumbre de lo que podría encontrarme en Armero. Mientras bajaba por la montaña desde Bogotá, hubo muchos “recuerdos”, recuerdos que nunca existieron. Yo nací el 2 de marzo de 1985. Tenía casi ocho meses el 13 de noviembre de ese año, la noche en la que se desató la avalancha y arrasó a Armero, y, no obstante, parece, y parecía desde un año antes de que emprendiera este viaje, que el caudal desbocado del río Lagunilla cuyo nacimiento se ubica en el Nevado del Ruiz y destruyera ese pueblo próspero, también había borrado algo

en mí. Y tras un año y medio de derivas poéticas en el encuentro con las Artes Vivas, me encontraba si no borrado, perdido.

Durante el trayecto hacia el río Magdalena, fueron emergiendo recuerdos de los viajes que H hacía por esa misma carretera, pero en sentido inverso, hacia la Sierra Nevada de Santa Marta a visitar a su papá.

Sí: fue un viaje lento. Unas seis horas por una carretera muy estrecha y con abismos, por la que transitaban muchos carros. El conductor aprovechaba los pocos tramos despejados para adelantar a los camiones de carga pesada, que, con lentitud, casi parsimonia, bajaban. Quizá, le urgía llegar rápido a Honda. Pero, yo, en el fondo no tenía tanto afán como él, quizá no estaba preparado todavía. Y, no obstante, no había vuelta atrás. Como tampoco la había en el proceso de creación que había empezado a tanteos.

Después de bajar, siempre al filo del abismo, bordeando todas esas montañas y atravesar el puente, supe que había llegado a Honda. Y, de



nuevo, los jirones de “recuerdos” de H, llegaron. Era niño de nueve años. A esa edad a cualquier niño le gusta jugar, hacer travesuras, así que me preguntaba: ¿cómo se llamaría su mejor amigo? ¿Qué le gustaba jugar? ¿Cuál habrá sido su comida favorita? ¿Tendría mascotas? ...

.....

Llegado al terminal de buses de Honda, luego de ese incómodo viaje, con el cuerpo estropeado y con mucho calor, tenía que buscar un lugar donde alojarme, reposar. Era tarde: las 11 de la noche. Hice varias llamadas y todos los lugares estaban llenos. Como era un viaje no planeado, no tenía idea de que los fines de semana con puente festivo, las familias de la capital y municipios aledaños, aprovechaban para ir de paseo y bañarse en el río Magdalena en Honda. Tampoco sabía entonces si podría enfrentar mi historia y mi proceso de creación.

Clemencia Fonseca y su hermano Henry Fonseca, que hasta ese momento eran dos extraños para mí, y yo, un intruso para ellos, habían viajado en el mismo bus que yo; se me acercaron y me ofrecieron posada. Eran propietarios de un apartamento en Honda. Sin esperarlo, por azar, por solidaridad quizá, encontré posada.

El azar, la solidaridad y lo extraño también son indispensables para el quehacer artístico. Y, no obstante, por temor a lo incontrolable, muchas veces, por no decir casi siempre, no le damos cabida a lo que dejan ver, a los horizontes que abren. Eso, ese *extraño* del que desconfiamos como de un intruso, al que no controlamos, que merodea siempre de muchas maneras y con intensidades diferentes, nos perturba y nos llenamos de miedo. Esta vez, no obstante, que este viaje estaba desde un comienzo marcado por la incertidumbre, me permití aceptar al extraño o ¿intruso? Y éste también me aceptó. Había aparecido algo desconocido para mí: la posibilidad de la confianza entre extraños. Así se me brindó un apoyo para seguir en mi deriva hacia Armero.

Así la creación: cuando es en colectivo aparecen contagios, polinizaciones, conflictos, y entonces se abren grietas por donde pasan lazos.


Esa noche no fue fácil conciliar el sueño: calor, ansiedad, angustia ... .. pero después de un rato, el cansancio me venció y logré conciliar el sueño. A la mañana siguiente decidí dar una vuelta por Honda antes de seguir mi viaje Armero. De nuevo a la deriva, con el morral al hombro, me dejé llevar por una calle que me llevó al Río Magdalena y al llegar no pude evitar pensar de nuevo en el 13 de noviembre de 1985.

Cuentan los habitantes de Honda que esa noche también allí se sintió la creciente del Río Magdalena alimentado por el Río Gualí que trajo consigo parte del deshielo que se produjo esa noche por la erupción del volcán Arenas que habita en las entrañas del Nevado del Ruiz, fuego y

hielo. La creciente del Río Magdalena ocasionó, claro algunos estragos por su paso en Honda, pero no de la magnitud de Armero. Pensando en estas historias que recogí en pocas horas, me quedé contemplando por casi una hora la corriente del río, y después seguí con mi viaje a Armero.

### •Segunda parada: Armero

Como todo viaje sin organización previa siempre estará sujeto a cambios, éste no fue la excepción. Ya en el terminal de transportes de Honda, pregunté cómo se llegaba a Armero y me dieron las instrucciones: debía llegar antes a Armero-Guayabal, yo confundido decía: “Allá es a donde quiero ir”. Luego me explicaron que Armero-Guayabal “el nuevo”, es el lugar donde los armeritas sobrevivientes de la tragedia, fueron reubicados, cambiando el nombre del antiguo municipio de Guayabal por el de Armero-Guayabal. Desde allí tenía hacer trasbordo a otro bus que me llevaría a “Armero viejo”.



Durante el camino el conductor, otro extraño, me preguntó hacia dónde me dirigía; al parecer, se notaba que el extraño era yo. Le expliqué lo que me habían dicho en el terminal; él me dijo: “Tranquilo no se preocupe; yo le consigo una persona de confianza que lo lleve y lo acompañe”. Y así fue.

No llegué Armero-Guayabal. En la pausa en Mariquita el conductor hizo unas llamadas y me contactó con otro extraño, José Luis, no recuerdo su apellido, e hice transbordo: esta vez al parecer sí me conducían directo “Armero viejo”. Durante el camino, el nuevo extraño comenzó a contarme que él era de Armero y me narró sobre lo que había sucedido ese 13 de noviembre de 1985. A su vez, a él le habían relatado los hechos de esa nefasta noche, pues justo no estaba en Armero: se encontraba prestando el servicio en la policía. Pero sus padres y hermanos sí estaban.

Nuevamente me pregunté por H: ¿Qué estaría haciendo esa noche? ¿Estaría dormido? ¿Estaría soñando? y ¿Qué soñaba? Recuerdo que aún yo no he soñado con Armero, a pesar de que se haya convertido en una obsesión poética. Allí quedó desaparecida un escorzo de mi historia, como la de muchos colombianos y colombianas.

Vuelvo a la vigilia, a la carretera, y presto oído atento a la historia que me contaba José Luis: cómo su familia logró salvarse esa noche. La casa familiar estaba ubicada en una de las partes más altas de Armero y la avalancha no afectó mucho su casa. Sí las alturas a veces salvan. En las alturas se puede también coger vuelo.

Durante el trayecto y en medio de la conversación alcancé a vislumbrar algunos cultivos de algodón que aún persisten en la zona. ¡Ah!: esos cultivos de algodón, ¡tan blancos!...

José Luis habló de la prosperidad de ese pueblo, de su orden. Eran tanto que la población no esperaba y no estaba preparada para la tragedia. Y, esto a pesar de los muchos anuncios que hubo. ¿Cómo no rememorar Casandra y la oquedad de su palabra?

Incluso me comentó que cuando él estudiaba en el colegio sólo hablaban de la belleza del volcán Nevado del Ruiz, jamás de su amenaza. Pero ya Rilke nos había recordado que la belleza es inseparable del horror. Los armeritas sólo hablaban de las caminatas que hacían a la cúspide del nevado, de su luz, y cuando mencionaban alguna posibilidad de destrucción se referían al Etna, en el Monte Vesubio, jamás del volcán Arenas: ¡tan cerca, tan lejos!, como intuyó el ángel de Wim Wenders. Era como si no pudieran ver ese volcán que se presentaba a sus ojos, abiertos o cerrados, en vigilia o en sueños. Habían olvidado que ese volcán rugía y se despertaba. Olvidaban que convivían fuego y hielo, que podía convertirse en agua, en lodo, en piedras, en aluvión, en avalancha. Pero, al fin y al cabo, sólo el arte vive en esa tensión entre belleza y horror, quizás en la vida cotidiana nos conformamos con la seguridad y el bienestar.





Después de una larga conversación y casi una hora de viaje, comenzamos a entrar a un espacio de ruina: casas derruidas al borde del camino, hierba saliendo entre las grietas, un silencio desconocido se imponía sobre el ruido. Un silencio nuevo. Un lugar. Comprendí que había llegado a Armero el viejo, de donde era H, ese niño de nueve años que tenía un padre que vivía en la Sierra Nevada de Santa Marta y vivía en Armero con su mamá, su padrastro y abuelos. Muchas niñas y niños más vivirían en ese pueblo del que ahora apenas quedaban ruinas. H tenía una singularidad: había visto el mar desde la finca cafetera. Quizá esa noche del 13 de noviembre hubiera soñado que corría desbocado y feliz hacia el mar, liberado de todo “mal”. Solo o seguido por una multitud que en el mar podría encontrar la salvación contra el río descarriado. Un sueño

vertiginoso entre el pavor y la felicidad. Entre la imagen final de Antoine en la película de François Truffaut, *Los 400 golpes*, y la secuencia de las escalinatas del *Acorzado Potemkin* de Sergei Einsestein.

Como otros niños de Armero quizá H comió helado cogido de la mano de su abuelo, se bañó en el río Lagunilla, aquel que perdió su cauce y enlodó a Armero y sus campos de algodón. Corrió tras los aviones de fumigación, cogió café, jugó carros, ayudó a cocinar... Muchas imágenes se me vinieron a la cabeza. Pero seguro me seguía faltando una. Pascal Quignard asevera que: “El arte busca algo que no está ahí” (2015, p. 11). Ahí no estaba lo que buscaba. Y buscaba a alguien a quien no había conocido. Buscaba entre los vacíos de esa H.


Decidí bajarme de la buseta, soló. Al poner el primer pie en el suelo sentí un frío que recorrió todo mi cuerpo. Pudo haber sido el frío de la muerte. Con esa sensación llegó la necesidad de la imagen que nunca tendré, la de los últimos momentos de vida de H, de la muerte de H, esa noche del 13 de noviembre de 1985. Me detuve. La imagen no llegó. Empecé a caminar: a oler, a oír, a palpar, a ver: casas y casas al borde de la carretera, como esqueletos. Pensé que Armero habría sido lo que ahora se me presentaba en vestigios: prosperidad, un bullicioso pueblo comercial con sus bares, tiendas, billares, escuelas, bancos, salones de

baile, camiones cargados de café y algodón. Y, quizá, siempre con el olor a azufre, como para que no olvidaran que se hallaba a la sombra de un volcán, dormido, pero vivo.

Me detuve frente a una de las primeras casas que vi, completamente destechada, desgastada por el tiempo completamente deshabitadas o más bien re-habitadas por la naturaleza; tenían dos árboles en lo que antes era la sala, un piso de plantas y flores y unas ventanas de enredaderas. Seguí caminando por una de las orillas de la carretera hasta el antiguo Hospital San Lorenzo, otra vez las preguntas: ¿sería éste el hospital dónde H nació? Ese antiguo hospital que ahora tenía cubierta su primera planta completamente sepultada bajo tierra, dejando entre-

ver apenas unos pequeños espacios entre el techo de la primera planta con el suelo. Sí, completamente enterrado como los miles de cuerpos, entre ellos el de H, quizás.

Apenas habían transcurrido veinte minutos y quería salir corriendo; yo no estaba enterrado y tenía mis pies libres, pero no: decidí quedarme y continuar con mi deriva. Antes de arrancar de nuevo me tomé una pausa, me senté en una piedra que sobresalía del suelo, quizás una de las que el cráter Arenas hizo que llegara hasta ese lugar junto con las toneladas de barro, cenizas y árboles que borrarón a Armero. Cuando me senté, sentí por un momento un alivio en mi cuerpo una sensación de liviandad, cerré los ojos y por un momento me olvidé de que estaba allí, y de todo lo que había sucedido. Cuando abrí mis ojos y miré a mi alrededor, me sorprendió que no vi “*nada*”.



O por lo menos lo que me había imaginado que vería, un pueblo fantasma. En lugar de eso sólo había naturaleza, árboles por todos lados, fue ahí cuando comprendí que sí había algo: *naturaleza*.

... ..  
...

Cuando me levanté de la piedra, me acerqué a una de las paredes del antiguo hospital y vi una masa de barro seco impregnada en una de las paredes del segundo piso que estaba a mi altura, vestigio de esa avalancha que bajó por el Río Lagunilla y que en la represa del Sirpe no quiso seguir el cauce del río, siguiendo de largo hasta estrellarse con Armero, 48 kilómetros abajo, mientras que la gran mayoría de armeritas dormía, apaciblemente. Al sentir ese barro en mis manos pude ver por un instante la imagen de H, quizás soñando que jugaba a los carros, confundiendo el sonido del motor con los del volcán que empezaba a hacer erupción.

Quizá se despertó:

El río comenzó a crecer hace tres noches, a eso de la madrugada. Yo estaba muy dormido y, sin embargo, el estruendo que traía el río al arrastrarse me hizo despertar enseguida y pegar un brinco de la cama con mi cobija en la mano, como si hubiera creído que se estaba derrumbando el techo de mi casa. Pero después me volví a dormir, porque reconocí el sonido del río y porque ese sonido se fue haciendo igual hasta traerme otra vez el sueño. (Rulfo 2018, pp. 127-128)



Me tomé unos minutos más y luego me encaminé hacia lo que fue la plaza principal, a donde hubo: joyerías, heladerías, la oficina del tránsito, restaurantes, la Caja Agraria...

Al llegar no vi otra cosa que la que había visto en el recorrido: árboles y un verdor predominante. Caminé por las baldosas grises, que en algún tiempo fueron el piso de la iglesia de San Lorenzo y me adentré a un bosque que habitaba la plaza, en medio de la sombra y el crujir de las hojas secas mientras caminaba y un sonido ensordecedor de cigarras. Decidí hacer otra pausa. Me senté: escuché el sonido de las cigarras y del viento, vi un camino de hormigas rojas, muy grandes con un cargamento de hojas, allí, diminutas, transitando por esa inmensa planicie, debajo de la sombra de los árboles. Pensé por un momento en mi vida como artista, de cómo podría construir algo a partir de esta destrucción total, de lo desaparecido, de lo borrado, lo exterminado... Sin lugar a duda no tenía respuestas, lo más sencillo para mí era partir de una dra-

maturgia ya creada y montar la obra de teatro; de pronto haciendo uno que otro cambio “adaptándolo”. Pero, ¿qué texto?: la crónica de Juan David Correa, la novela de Gustavo Álvarez Gardeazábal, los archivos de prensa, de televisión, de radio, las crónicas compiladas por la revista *Semana*? Armero había sido una tragedia contada y contada. Y, sin embargo, faltaba una imagen, la mía de H. La singularidad de ese cuerpo y su corta historia, que quedó, quizá sepultado bajo el peso de la naturaleza. Supe con certeza que tendría que enfrentarme a esa *nada*, en la que no tenía un referente, ni brújula, ni memoria, ni experiencia. Nada, apenas ahora la certeza que me faltaba una imagen. En ello me diferenciaba del cineasta camboyano Rityhy Panh, quien, a mitad del camino de su vida, fue en busca de la imagen perdida de su infancia, que no aparecía en los archivos de los Jemeres Rojos. Él era el único sobreviviente de su familia: padre, madre y hermanos habían fallecido bajo la dictadura de este grupo.

Yo no estaba a la mitad de la vida, no había conocido a H, mi medio hermano, no tenía recuerdos de él, nadie cercano parecía tenerlos tampoco. Esos archivos que había visitado me decían de la desidia de un gobierno, de su cinismo, pero nada de H. Y, no obstante, se había convertido en una obsesión. Tendría razón Quignard cuando afirma que una imagen puede matar lo real (p. 10): ese real horrendo de este país, ese

real que era la desaparición biológica y de la memoria de todos sus hermanos, mis hermanos, de H. Había que construir una imagen de la nada.

La nada también se había hecho evidente en el transcurso de los tres semestres de la Maestría Interdisciplinar en Teatro y Artes Vivas. Con Beckett y Artaud, las derivas, el biografema, los laboratorios de creación me habían enfrentado a la nada y al fracaso, pero había podido lidiarlos. Ahora quería escapar de mi propia obsesión y regresar a la seguridad que me había dado mi quehacer teatral, mi familia, sin remover el pasado. Estaba a punto de desfallecer. Mis pensamientos eran estos mientras veía a las laboriosas hormigas. Así había sido mi vida: tranquila con mis labores rutinarias. Ahora solo desasosiego, inquietud.

Nada y muerte. Pero recordé a Bataille: “El erotismo que es la ~~aprobación~~ afirmación de la vida hasta en la muerte”. (1997, p. 15). Era necesaria una afirmación. Bataille hablaba de una aprobación de la vida, pero esta palabra tiene un matiz moral, y yo necesitaba encontrar el conato de vida, llegar al meollo de la vida que pulsa por salir, a pesar de todo y cuando uno u otros menos se lo esperan.

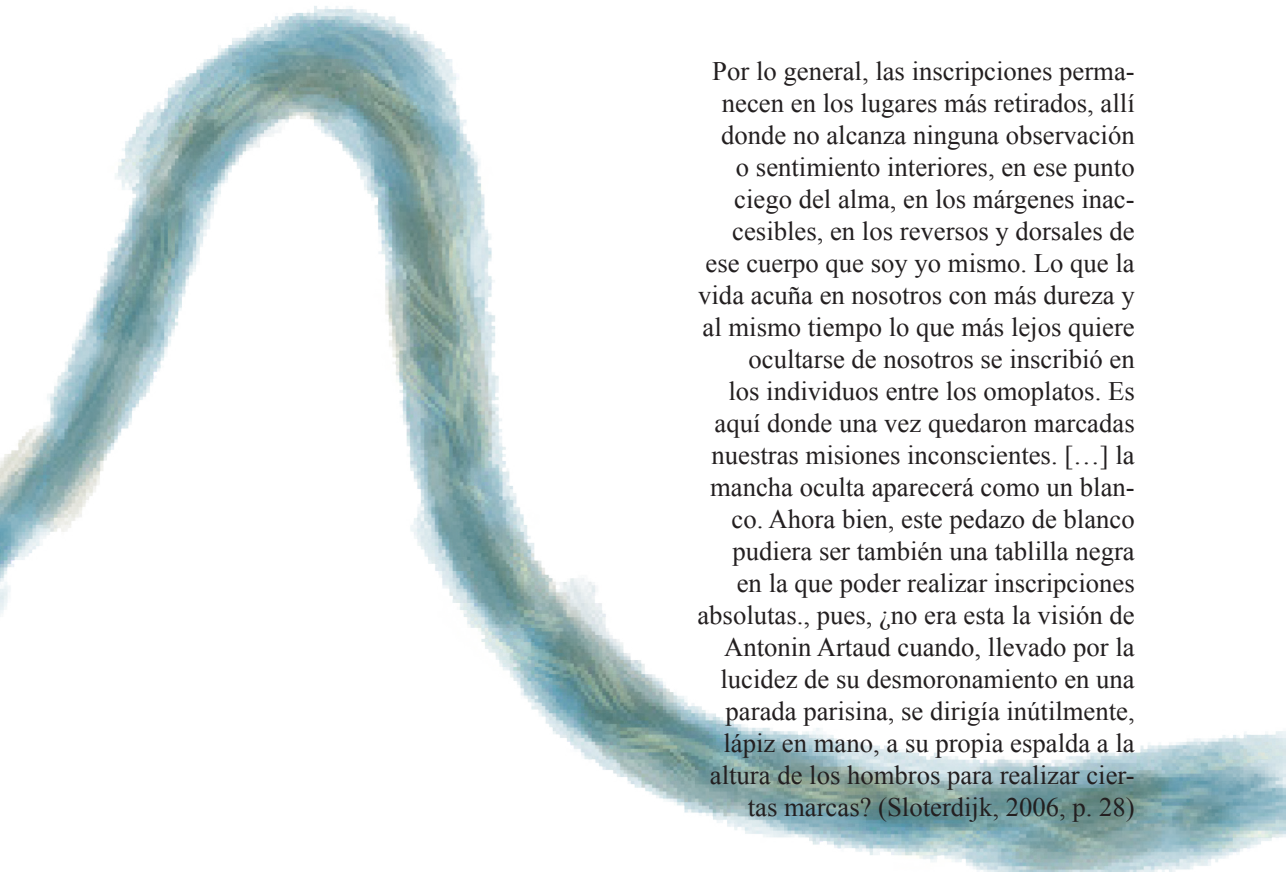
Ese erotismo me mantuvo vivo por el resto del viaje y me llevó a continuar en busca de la imagen de H, impidió que saliera corriendo; me fortaleció cuando estaba más vulnerable, en la nada: me dio fuerzas para insistir y seguir adelante.

Con la decisión de artista de tomar el riesgo de enfrentar esa nada en la naturaleza, me levanté para continuar mi deriva por Armero viejo. Estaba agotado, pero eché a andar. Sentía el cuerpo pesado, muy pesado, y no por la falta de sueño o la larga caminata. Me pesaba la incansable búsqueda sin

que apareciera nada a lo que pudiera aferrarme para poner mi cuerpo en escena. Deambulé un rato más: sorteé calles-caminos destapados, más ruinas tomados por árboles, pasto, insectos. Un rato después me dirigí a la carretera y me encontré de nuevo con José Luis, que aún me esperaba.

## •El regreso del viaje

Regresé a Barranquilla tras pasar unos días en Bogotá. Llegué con más interrogantes que respuestas con respecto a la forma de proceder, pero con la certeza que no podía abandonar y que podía enfrentar esa nada que me atormentaba. El viaje no había sido en vano. Me traje, además de la certeza de la nada, un cúmulo de sensaciones: mi cuerpo ya no era el mismo. La nada había quedado como tatuada en él. La destrucción de Armero había dejado su testimonio en mi cuerpo:



Por lo general, las inscripciones permanecen en los lugares más retirados, allí donde no alcanza ninguna observación o sentimiento interiores, en ese punto ciego del alma, en los márgenes inaccesibles, en los reversos y dorsales de ese cuerpo que soy yo mismo. Lo que la vida acuña en nosotros con más dureza y al mismo tiempo lo que más lejos quiere ocultarse de nosotros se inscribió en los individuos entre los omoplatos. Es aquí donde una vez quedaron marcadas nuestras misiones inconscientes. [...] la mancha oculta aparecerá como un blanco. Ahora bien, este pedazo de blanco pudiera ser también una tablilla negra en la que poder realizar inscripciones absolutas., pues, ¿no era esta la visión de Antonin Artaud cuando, llevado por la lucidez de su desmoronamiento en una parada parisina, se dirigía inútilmente, lápiz en mano, a su propia espalda a la altura de los hombros para realizar ciertas marcas? (Sloterdijk, 2006, p. 28)

Así que estoy seguro de que no fue un viaje perdido. Me inscribió un sinnfín de sensaciones, un cuerpo cargado de ellas, el haber estado, caminado, escuchado, sentido... ese lugar. Sin duda mi cuerpo no es el mismo. Y siento que de esos omoplatos pueden nacer alas.

Los interrogantes fueron la combustión de eso que estaba por venir en escena, aunque no supiera con claridad cómo resolver el gran problema del arte: la transposición lo real a los espacios del arte. El espacio escénico era ahora como la tablilla negra en la que debía plasmar las huellas de este viaje y de todas las derivas que había hecho durante casi dos años en esta maestría por la que había apostado y por la que había caminado un poco a tanteos.

El viaje de regreso fue entonces más corto, más liviano. No sé si fue porque no dejé de pensar ni un momento en todas esas sensaciones durante mi permanencia en Armero. La historia de H, aunque estaba menos clara, sentí que me pertenecía mucho más.

Quizás era la hora de permitirme jugar con mi historia que también se escribe con h y la historia de H, el niño. Entrando a ese juego, quizás el juego de construir una historia, la de H y por qué no, con también la de todos esos 25.000 cuerpos que quedaron enmudecidos bajo el lodo, como esta h que en español no suena, es muda. Quizás con una imagen abriría la posibilidad de que fueran escuchados, al menos, los posibles sueños de H y, quizás, espero, de las y los niños armeritas.

Así estaría siguiendo a Quignard cuando afirma: “El arte no sólo quiere al ausente sino domina a la muerte” (p. 15). Y cuando pregunta: ¿cuándo puede ver algo que no está? De las tres posibilidades que plantea –el acecho, el sueño y el pensamiento– (p. 15), opté, tras muchos ires y venires, por el segundo: el sueño. Me abrió de manera más clara a la posibilidad de imaginar.





**H**

**(ernán)  
un desconocido**



H era un niño de nueve años. Quizá de cabellos rubios, cara redonda, labios delgados y rosados, de nariz y boca pequeña. De H no existen fotos. Ahora ya sé que nació en el Hospital de San Lorenzo de Armero en 1976 a las diez y media de la noche, casi a la misma hora en la que sucedió la tragedia nueve años después. Quizás disfrutara jugar con carros y aviones. Quizá querría ser piloto cuando fuera grande; le gustaba quedarse viendo a las avionetas despegar para salir a fumigar los campos de algodón, de Armero: “la ciudad blanca”.

Vivía con M, su mamá, su padrastro y abuelos maternos en Armero. Al cumplir dos años, M llevó a H a conocer a L, su padre, un campesino caficultor que vivía en la finca Palmarito en la vereda de Uranio Bajo de Palmor, corregimiento de Ciénega Magdalena. Palmarito quedaba cerca de la Sierra Nevada de Santa Marta que asciende a 5.776 metros sobre el nivel del mar. Desde entonces por cinco años, cada diciembre, H, viajó a la finca cafetera, que le recordaban los cafetales que convivían con los cultivos de algodón.

Durante la visita que hicieron el 26 de diciembre de 1984, M contó que el cráter Arenas del volcán del Nevado del Ruiz, en esos días, había tenido un poco de actividad, pero que todos estaban tranquilos, que eso era pasajero, pero en el fondo se sentía un poco intranquila, al contrario de H que ese año, dicen, lo pasó muy feliz durante sus vacaciones en la Sierra Nevada, como todos los años. Ya estaba más grande y acompañaba a su papá a revolver el café en el patio. Dicen que a veces jugaba con la barriga de la nueva mujer de su papá, la cual estaba embarazada y le dijeron que allí estaba su hermanito, Iván, el que ahora escribe esta ficción. En enero de 1985 se despidió como de costumbre de su papá, y se despidió de un beso de su hermano por venir, sin saber que esa era su última estancia en la Sierra Nevada de Santa Marta.

Durante ese año el volcán Arenas siguió expulsando cenizas, tanto que los armeritas se acostumbraron a convivir con las cenizas. Con tapabocas seguían su vida cotidiana. Los campos de algodón se teñían de gris lo que dificultó la cosecha, pero pensaron que era pasajero.

Fueron muchos los indicios que dio el volcán, los armeritas no prestaron atención. El río Lagunilla se ennegreció a causa de las cenizas,


... .. , pero tampoco prestaron atención. A H le gustaba jugar a la expedición con su mejor amigo en el río Lagunilla y por la suciedad le prohibieron que lo hiciera; así que solo le quedaba jugar a los carritos y aviones en el patio de su casa. En ocasiones hacía carreteras en un barranco del patio y jugaba a transportar café en los carros. Cada vez que hacía una carretera nueva se ganaba un regaño: se ensuciaba de tierra.

En mayo de ese mismo año, Armero recibió la visita del científico Minard Hall como delegado de UNDRO (Organización de las Naciones Unidas para el Socorro en Desastres), ante la persistencia de los temblores y la humareda del volcán. Después de varios estudios recomendó tomar medidas y hacer un mapa de riesgos en el que Armero no salió bien librado, por su cercanía al río Lagunilla: se decía que podría desaparecer por causa de deshielo, pero nadie, ni los habitantes, ni el Estado hizo nada. Todos siguieron como si nada estuviera pasando. Incluso en julio, después de percibir fuertes olores de azufre en Manizales se recurrió al

Cuerpo de Socorro Suizo para la instalación de cuatro sismógrafos, los cuales se demoraron por la dificultad de conseguir unos repuestos. Fueron muchas las predicciones sobre un desastre inminente, pero como siempre, no tuvo eco en ninguno, ni en habitantes, ni gobernantes. Todo en Armero seguía igual.

El 6 de noviembre Armero se paralizó y no por el cráter Arenas, sino por las noticias que se transmitieron ese día en la radio y televisión: había ocurrido de la toma y retoma del Palacio de Justicia en la capital. Los armeritas seguían las noticias en casas, billares, cafés, tiendas, bares, camiones, campos de algodón. A H ese día prohibieron ver la televisión y a las siete de la noche su mamá le dijo que se fuera a dormir a su cuarto. Desde allí escuchó una voz masculina que decía orgulloso: “Aquí defendiendo la democracia, maestro”. Las noticias que sí veía el abuelo fueron interrumpidas para transmitir, por orden de la Ministra de Comunicaciones, el partido de fútbol entre Millonarios y el Unión Magdalena. Después del partido todos en la casa se acostaron, como si no pasara nada.

El 13 de noviembre se vivía un día como cualquier otro. Quizás H se



levantó en la mañana para ir a la escuela y al medio día, al salir del colegio, se fue a jugar con su amigo A entre los cultivos de algodón (¿qué habría pensado Bernard-Marie Koltès de estos campos de algodón?), a pesar de que su mamá le tenía prohibido correr por la soledad de esos campos de algodón en este país de sorpresas infames.

Ese día no amaneció lloviendo cenizas. El sol estaba resplandeciente, se podría decir que era un hermoso día. Al llegar a la casa después de la escuela, sacó a pasear a su perro Bobby y como era costumbre pasó la tarde jugando con los carritos y aviones en el patio, hasta eso de las tres de la tarde. En Armero se escuchó un ruido que venía del cráter Arenas, su mamá le dijo que se entrara, así que se despidió de A y entró a casa.

Después de la cena su mamá le puso la pijama, lo acostó, lo arropó y le dio un beso de buenas noches. H se despidió de Bobby.

Por la tarde había empezado la lluvia de cenizas, que se intensificaba con el paso de las horas. En la noche ya las calles estaban bastante llenas de cenizas, los carros ni se veían por la capa de cenizas, el Río Lagunilla seguía represado y todavía ninguna autoridad del pueblo realizaba alguna acción ante las advertencias de que en caso de una erupción Armero podría ser borrado por una avalancha.

Alrededor de las nueve de la noche escucharon, otra vez, ruidos fuertes provenientes del cráter Arenas y comenzó a llover agua y más cenizas.

Atemorizada, la mamá de H revisa su habitación y verifica que todo esté bien. Dormía como solía hacerlo: como una piedra. (piedras, piedras caerán después sobre él, quizá). De regreso a la sala mira la lluvia a través de la ventana. A las nueve y media de la noche se sacude la casa, esta vez acompañada de una fuerte explosión. Sube al cuarto de H, trata de despertarlo; imposible: duerme como una piedra. En ese momento a cuarenta y ocho kilómetros de distancia, por la erupción, una gigantesca masa de nieve y hielo se desprende de la cumbre del Nevado de Ruiz y se comienzan a formar lahares. Alrededor de las diez y quince se escucha a lo lejos un megáfono: era el socorrista Fernando

Barrios que había salido en su moto a alertar a todos de una posible inundación e invitaba a que abandonaran sus casas y buscaran refugio en las partes más altas del pueblo. En ese momento el padrastro de H llega corriendo, le a Marina que salgan de la casa: Ella corre a buscar a sus papás, y cuando va a despertar a H, a eso de las diez y media de la noche, en medio de la oscuridad, ya que no hace mucho se había ido la luz, se tropieza con todo: la mecedora, los juguetes que H había dejado en la sala. Afuera las personas que habían logrado salir alcanzaron a vislumbrar una gigantesca nube gris que venía desde lo alto del nevado: era el primer lahar que bajaba del río Lagunilla. Bobby ladraba fuerte como avisando la catástrofe que se avecinaba. Cuando M está a punto de despertar a H, siente que su casa se sacude. Había llegado a Armero, la avalancha que borraba, borró, a Armero.

En ese mismo año en 1985, el 22 de marzo nació yo, el que escribe esta ficción: Iván de Jesús Peñaranda Ortiz. Dicen que era muy sonriente, de cabellos rubios, cara redonda, labios color carmesí, nariz y boca pequeña. Llegó diciembre, pero no H. La tragedia que tanto se había anunciado había tenido lugar el 13 de noviembre de 1985 entre las nueve y media y once y media de la noche. Debajo del lodo quedó H, mi hermano, que no se encontró entre los niños rescatados, que no estaba registrado en el libro rojo del Bienestar Familiar. Hernán se convirtió en un desaparecido más, sumándose a los miles de desaparecidos en Armero, junto con los que faltan por aparecer del Palacio de Justicia y los millones que se suman hasta el día de hoy en este país.

Quizás durante la avalancha H soñaba que jugaba con su nuevo hermano, quizás soñaba que corría al mar.

Quizás esta es la historia de H, la historia que pude hacer con los fragmentos que pude recoger de H(ernán),

fragmentos de mi propia historia,

fragmentos de un viaje a un pueblo que no conocía,

fragmentos de todos los desaparecidos que ha dejado este país,

fragmentos de desaparecidos en desastres,

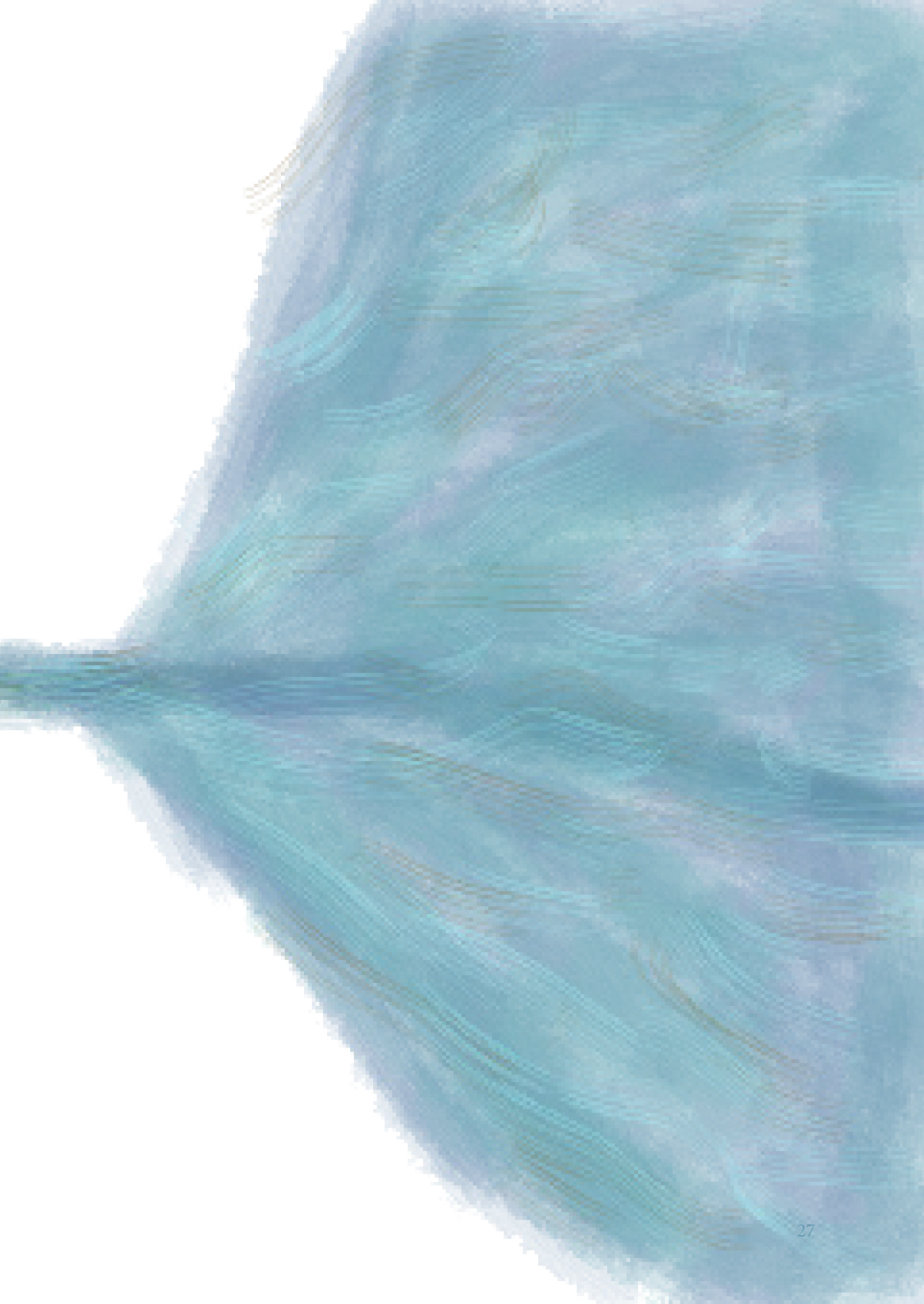
fragmentos de desaparecidos violentamente,

fragmentos de un artista que se arriesgó a ficcionar una historia y la nada,

fragmentos de alguien que quiso soñar y jugar.

Hernán, su nombre, fue lo único que conocí de él.





^  
 ^^^^  
 ^^^^^^^  
 ^^^^^^^^^^^  
 ^^^^^^^^^^^^^  
 ^^5.776 m.^^^^^^^^^^^^  
 ^Sierra Nevada de Santa Marta.^  
 ^^^^^^^^^^^^^^^^^^^^^^^^^^^^^^^^^^^^^  
 ^^^^^^^^^^^5.311 m. Nevado del Ruiz.^  
 ^^^^^^^^^^^^^^^^^^^^^^^^^^^^^^^^^^^^^Cráter Arenas^^  
 ^^^^^^^^^^^^^^^^^^^^^^^^^^^^^^^^^^^^^  
 ^^^^^^^^^^^^^^^^^^^^^^^^^^^^^^^^^^^^^  
 ^^^^^^^^^^^^^^^^^^^^^^^2.600 m. Bogotá^^^^^^^^^^^^^^^^  
 ^^^^^^^^^^^^^^^^^^^^^^^^^^^^^^^^^^^^^  
 ^^^^1.300 m Palmarito. ^^^^^^^^^^^^^^^^^^^^^^^^^^^^^^^^^  
 ^^^^^^^^^^^^^^^^^^^^^^^^^^^^^^^^^^^^^  
 ^^^^^^^^^^^^^^^^^^^^^^^^^^^^^^^^^^^^^  
 ^^^^^^^^^^^^^^^^^^^^^^^^^^^^^^^^^^^^^  
 ^^^^^^^^^^^^^^^^^^^^^^^^^^^^^^^^^^^^^  
 ^^^ 0 m ^^^  
 Bocas de Ceniza^^^^^^^^^^^^^^^^^^^^^^^^^^^^^^^^^^^^



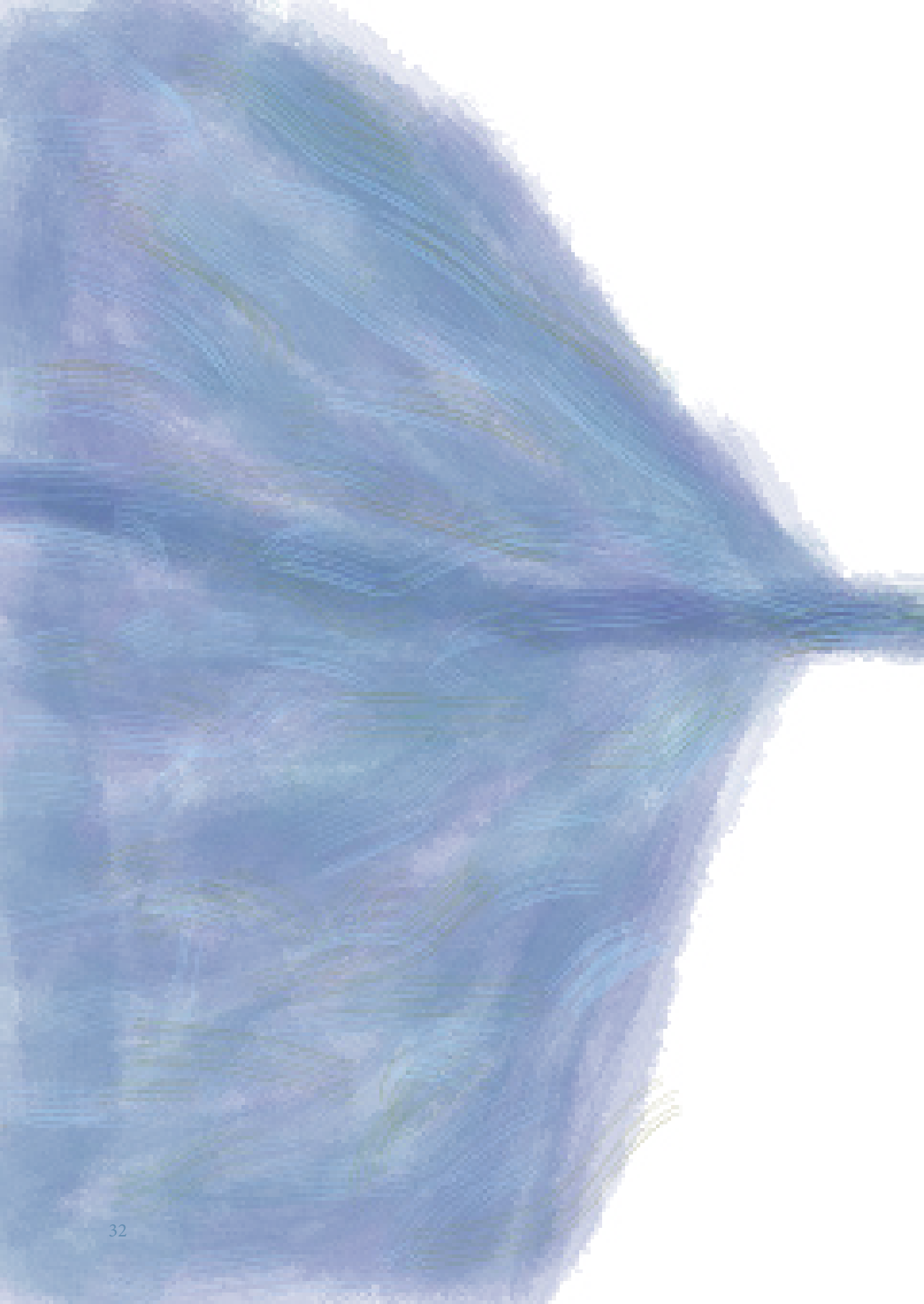
Entre esta ciudad y el poniente, á diez y seis leguas de distancia, á donde parte términos con la de Cartago por partes montuosas y partes rasas, está un volcán, el más notable de este Reino, el cual es un cerro redondo nevado, altísimo, que de pocas partes del Reino se deja de ver en tiempo sereno, por la nieve de que está cubierto toda la vida; por cuya cumbre, y entre aquella envejecida nieve, está siempre saliendo una pirámide de humo, que se ve algo encendida en las más oscuras noches. Los rastros de piedra pomez, azufre y arena menuda negra que hay á muchas leguas de sus contornos, en especial á la parte de esta ciudad de Mariquita hasta el Río Grande, dan claras muestras de haber en otros tiempos reventado este volcán por cumbre y sembrado todas estas cosas;

pero la reventazón que con evidencia vieron y oyeron los de este Reino fué á doce de Marzo, domingo de Lázaro del año de mil quinientos noventa y cinco (1595), como á las once del día, cuando dio tres truenos sordos como de bombardas, tan grandes que se oyeron más de treinta leguas por toda su circunferencia, causados de haber reventado esto cerro por bajo de la nieve por el lado que mira al Este y nace este río Gualí. Abrió de boca más de media legua, en que quedó descubierta mucha piedra azufre, y debió sin duda hacerse la reventazón por el lado y faldas que siempre las tenía abiertas por muchas partes, á causa de que debe de tener fuego muy profundo, y la boca de la cumbre angosta, y poder por allí vomitar tanta maleza como arrojó en esta ocasión.

En la parte por donde reventó ahora tienen su principio dos famosos ríos, el que hemos dicho de Gualí, vecino á esta ciudad, y otro mayor que él, á cinco leguas camino de la de Ibagué, que llaman el de la Lagunilla, ambos, como hemos dicho, de la nieve que se derrite de lo alto. Estos debieron de atajarse con la tierra que arrojó la reventazón, y rebalsando algún tiempo sus corrientes, salieron después con tanto ímpetu, ayudado por ventura de nuevas fuentes que se abrieron en esta ocasión, que fué cosa de asombro sus crecientes, y el color del agua que traían, que más parecía que agua, masa de ceniza y tierra, con tan pestilencial olor de piedra azufre que no se podía tolerar de muy lejos. Abrasaba la tierra por donde se extendía el agua y no quedó pescado en ninguno de los dos que no muriese.

Fué más notable esta creciente que en el río de Gualí, en el Lagunilla, cuya furia fué tal que desde donde desemboca por entre dos sierras para salir al llano, arrojó por media legua muchos peñascos cuadrados, en que se echó de ver su furia más que si fueran redondos, y entre ellos uno mayor que un cuarto de casa. Ensanchóse por la sabana más de media legua de distancia por una parte y otra, mudando por la una de nuevo la madre, y anegando la inundación todo el ganado vacuno que pudo antecoger en cuatro ó cinco leguas, que fué así extendido hasta entrar en el de la Magdalena, abrasando de tal manera las tierras por donde iba pasando, que hasta hoy no han vuelto á rebrotar sino cual y cual espartillo. No se sabe haber hecho otros daños.

(Simón, 1892, pp. 127-128)





**Cassandra**

**en Armero**

**y en las Artes**

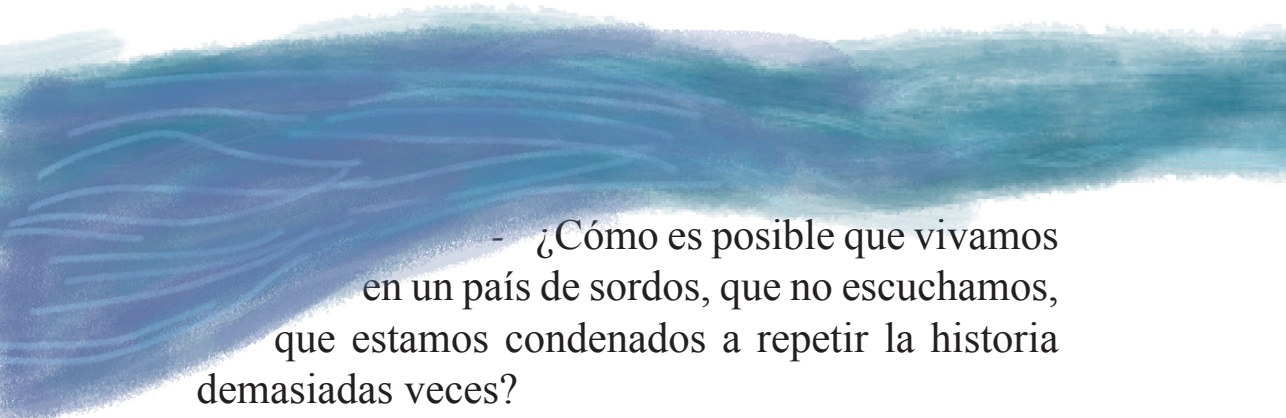
En Armero, antes de la tragedia del 13 de noviembre de 1985, hubo muchas Casandras, ese personaje mitológico que además del don de la adivinación, también tenía la maldición de no ser escuchada. Muchos en Armero, como Cassandra trataron de avisar a sus habitantes y al mismo gobierno, pero que, sin embargo, ninguno quiso escuchar:

CASANDRA: ¡ay de mí! ¡Oh desventura!  
Otra vez está cruel fatiga, este espíritu profético que se apodera de mi mente y me atormenta con siniestros anuncios.  
¿No veis ahí, sentados en esa casa, a esos niños que semejan la aparición de un sueño? Los mismos que les debían amor les dieron muerte. ¡Vedlos ahí que aparecen sustentando

en sus manos miserabilísima carga: su propia carne, sus entrañas, su corazón manjar que gustó de su mismo padre! Pero alguien medita su venganza; yo os lo afirmo: un león cobarde, guarda infiel de la casa, que se revuelca en el lecho conyugal y está echando a la vuelta de mi dueño. ¡Ay de mí!; ¡qué es mi dueño, que me veo forzada a sufrir el yugo de la esclavitud! Y el capitán de la armada, el debelador Ilión, no me ve cuán fiero destino le prepara a traición con sus largas arengas y sus dulces sonrisas esa perra aborrecible. A tanto se atreverá. La mujer será homicida de su marido. ¿Qué nombre daría yo a ese monstruo venenoso? ¿lo llamaré víbora? ¿la llamaré Escila, habitadora de los escollos y perdición de los navegantes? ¿la llamaré madre y ministro del averno que respira odio implacable contra todos los suyos?

¡Y cómo la muy atrevida y malvada mujer brincaba y gritaba de contento, cual si hubiese vencido la pelea! ¡No parecía sino que se regocijaba con el feliz retorno de su esposo! Después de esto, si todavía no me cree ¿qué hacer? Lo que ha de ser, ello vendrá. Bien pronto presenciarás el suceso y te moverás a lástima de mí, y me llamarás adivina demasiado verdadera.

(Esquilo, 2015, pp. 116-117)



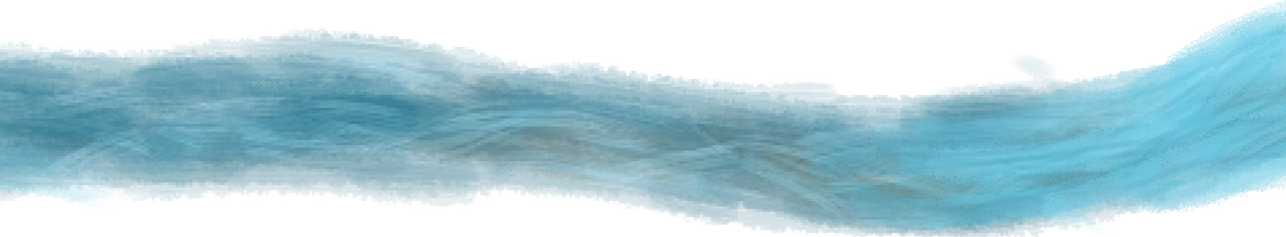
- ¿Cómo es posible que vivamos en un país de sordos, que no escuchamos, que estamos condenados a repetir la historia demasiadas veces?

- ¡Ninguno en Armero quiso escuchar!
  
- En las artes muchas veces tampoco escuchamos, nos cegamos y non encerramos en nosotros mismos, debemos apartar nuestros egos, nuestra categoría de artistas y escuchar.

Álvarez Gardeazábal también nos muestra a Casandra, en su novela (ficción-documental) sobre Armero: *Los sordos ya no habla*:

Armeritas, en ningún momento queremos asustar. Mucho menos, armeritas, que intentemos crear el pánico. Pero todos deben saber que Armero está colocada en la boca de la salida del cañón del río Lagunilla y que cuando Armero no existía, en 1596 y aún más, cuando apenas si estaban las primeras casas del señor Cáceres, en 1845, todo este valle quedó sepultado por las nieves derretidas.

Eso puede volver a suceder. Desde hace varios meses el volcán nevado del Ruiz viene enojándose y según los científicos



pueden ser el preludio de una erupción y nadie escapa que una erupción de esa gigantesca masa de nieve acumulada siglo tras siglo puede derretir el hielo y destruir con la avalancha a Armero. Pero si no podemos luchar contra las fuerzas de la naturaleza, la Divina Providencia nos ha dotado del uso de la razón y la vamos a utilizar para evitar que en caso de presentarse una avalancha podamos huir a tiempo y salvándonos de morir ahogados por la masa de lodo y cenizas volcánicas que bajará río Lagunilla abajo.

(Álvarez Gardeazábal, 1991, pp. 47-48)

- ¡Nadie prestó atención!
- Nos convertimos en sordos y merecemos nuestro destino.
- No haber escuchado llevó a todo un pueblo a la desaparición. ¿Qué ha desaparecido en mí? Desde el primer gesto: La atarraya, el señor Medina, el olor a tabaco, las vías del tren, las bancas de madera, la mesa suspendida, hasta yo he desaparecido en escena, mi voz también lo ha hecho.





- Igual que los que no escucharon a Casandra, los colombianos no queremos escuchar:

CASANDRA. ¡Oh cielos! ¿Qué es lo que se está meditando? ¿Qué nueva maldad es ésta que se prepara bajo ese techo? Crimen grande, muy grande, odiosísimo, contra la propia sangre; crimen que no tendrá reparación alguna. ¡Está muy lejos el socorro!

(Esquilo, 2015, p. 112)

- El desastre era inminente, todo estaba dispuesto para que sucediera, sin embargo, los armeritas prefirieron seguir sus vidas como si nada pasara.

- No quisieron escuchar

- Hernán también desapareció con miles de niños en Armero por no haber escuchado. En el Palacio de Justicia de Bogotá también hay desaparecidos, en Colombia todavía siguen desapareciendo personas y nadie escucha.

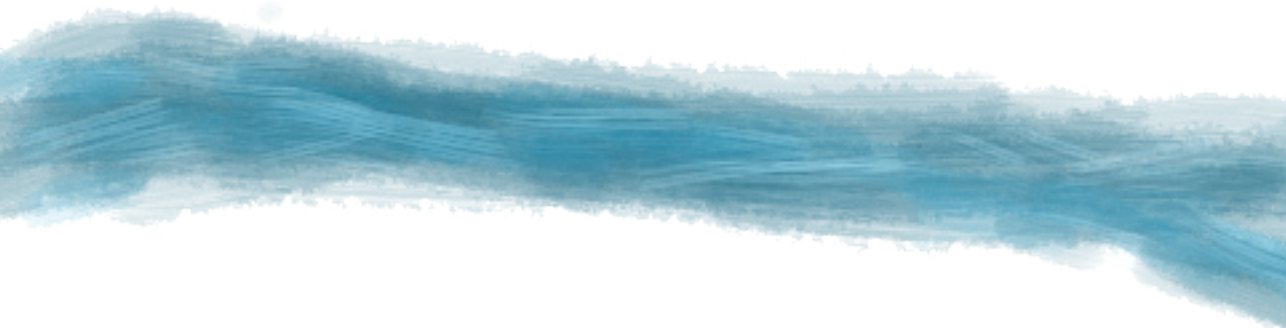
El doctor Martínez me dijo que el peligro de las emisiones de cenizas consistía en una probable erupción en la cual la lava podría derretir la nieve y desencadenar una avalancha. Podría producirse un golpe de ariete sobre la famosa roca de la represa y Armero se inundaría. Nosotros no le insistimos a mi papá en salir de Armero porque la gobernación del Tolima decía, una y otra vez, que no había ningún peligro, pues el volcán estaba a ochenta y cuatro kilómetros de distancia, y eso no pasaría de una inundación. Nadie advertía del peligro real. La alcaldía de Manizales, por ejemplo, decía que no iba pasar nada. Pero pasó.  
(Correa, 2018, p. 25)

- No entiendo por qué, después de haber escuchado esto, en Armero no se conformó un plan para enfrentar un posible desastre.
- ¿Sería posible que la mayoría de pobladores de Armero y el gobierno de Colombia fueran sordos a todos esos anuncios?
- El gobierno no quiere que escuchemos, nos siguen desapareciendo.

Duque Escobar insistió hoy en que “la erupción no es cosa segura” y poniéndole “buena cara el problema”, declaró a EL TIEMPO que “de producirse una nueva lluvia de cenizas volcánica, los caldenses tendremos la oportunidad de mirar un espectáculo realmente bonito, dispensado por la naturaleza. Ingeominas divulgará en unos 20 días su evaluación técnica sobre el fenómeno. Antes, el mismo ente estatal, dará a conocer un inventario de los recursos físicos disponibles para analizar los problemas generados por el volcán, y entregará un mapa que señalará las zonas de alto, mediano y bajo riesgos de resultar afectada por una erupción, hasta ahora descartada por los científicos. (Oficina de redacción (1985, 09, 19) Por erupción en el Ruiz: Llegan tres científicos internacionales. *El Tiempo*, 9E)

- ¡Nos obligaron a no escuchar!
  
- A pesar de que cada vez, la situación se mostraba más complicada seguían sin escuchar.
  
- Existen desaparecidos y asesinados en este país, la diferencia entre un muerto y un asesinado, es que al que asesinan logran enterrarlo sus familiares y con el desaparecido el dolor es doble; pero aun así los dos son callados y es dolor es inconsolable.

Había también hablado de los *lahares* y los riesgos el representante a la Cámara por Caldas Fernando Arango Monedero, al citar el 24 de septiembre de 1985 a cuatro ministros del gobierno de Belisario Betancur para advertirles: “no quiero ser profeta de desgracias, pero los fenómenos que viene sucediendo nos conducirán ya no presagios si no a la catástrofe misma. Hoy están amenazados por una inminente de erupción de Ruiz dieciséis departamentos [se refiere a la zona de influencia de los ríos] y tres millones de personas. Que no se diga que no se advirtió al Estado de cumplir sus funciones a tiempo”. (Cano, 2015, p. 119)

- 
- ¡Me niego a no escuchar!
  - Quedamos enterrados en medio del lodo, como todo. Los medios también son usados para que no escuchemos.

Primicia Diario, también nos recuerda las palabras escritas de Gerney Ríos González en la revista *Magazín Al Día* del 2 de septiembre de 1984, donde anunciaba lo que estaba por suceder y que nadie escuchó:

Todas las medidas precautelativas que se tomen para evitar una desgracia, habidos los antecedentes históricos, no sobran. El gobierno está en la obligación perentoria de alertar a los pobladores de Armero sobre la inminencia de un desastre de vastas consecuencias. Como periodistas, estamos muy atentos a los comunicados de los vulcanólogos y a las recomendaciones que emitan para transmitir las a los armeritas y poblaciones circundantes, con el fin de poner a salvo sus vidas y bienes cuando, no lo quiera la desidia

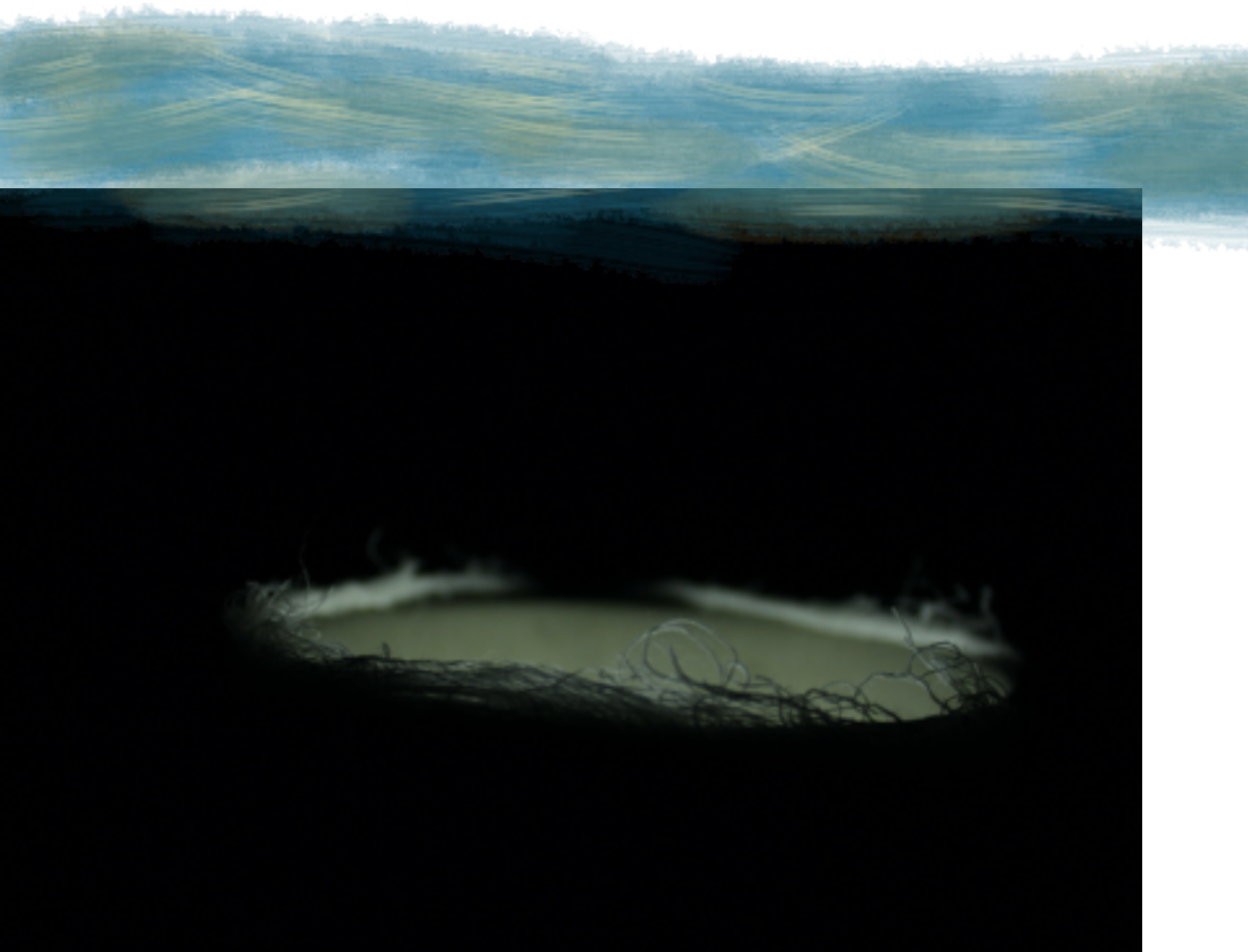
gubernamental, el volcán estalle con truenos de muerte por su gran cráter Arenas y quien sabe cuántos otros cráteres más.

El presidente Belisario Betancur, su ministro de minas Iván Duque y el Gobernador del Departamento del Tolima Eduardo Álzate García, experto en reuniones sociales, están anunciados de lo que pueda ocurrir. No hay que olvidar que gobierno avisado, no soporta catástrofe y ¡cuidado con aquellos expertos en explotar el dolor humano, para llenar sus alforjas!. (Citado en *primicia Diario*, 2015, p. 18)

El 14 de noviembre de 1985, Colombia despertó con el testimonio de Luis Rivera sobrevolando a Armero en su avioneta de fumigación:

“Desapareció todo el mundo, yo creo que queda un cinco por ciento de lo que era Armero”. (Citado en Correa, 2018, p. 27)


- No cabe duda que en Armero existieron muchas Casandras que tampoco fueron escuchadas.
- Ya es demasiado tarde.



- Al artista también, lo desaparecen. El artista a veces necesita morir. No siempre morir es malo. Para renacer hay que morir, perderse. Morir y matar un pasado que estanca, que fue bueno mientras fue su tiempo, pero que luego impide andar y va creando una suerte de agonía. El artista, ese que intento ser, se ha debatido entre la necesidad de perderse y resurgir.

El cambio me ha obligado a matar un fragmento de mi ser y de mi presencia, se desvanece la completud, aparece un hueco....

Desprenderme de viejos estigmas; desprenderme de la certeza de lo que es; desprenderme de la necesidad



de permanecer, podría en ocasiones parecer contrario a la resistencia, pero tanto el desprendimiento como la resistencia hacen parte de la necesidad de los seres humanos para sobrevivir al fracaso, a la frustración y la desesperanza ocasionada por el “nada debe cambiar” o el “todo cambia y se transforma”. Esta pugna entre la permanencia y la resistencia, me ha obligado a pensar nuevas formas de nacer, y desde el arte lo he podido experimentar.

La permanencia del espíritu del artista como una nueva forma de nacer; y una resistencia que no trata de negar el cambio, ni la incertidumbre que nos obliga a movernos de lugar. La resistencia aislada de la necesidad o terquedad de “permanecer igual”, una resistencia que va más allá de una simple tensión entre ser o no, hacer o no, desaparecer o no, porque la resistencia simplemente es no dejarse caer en la desaparición del espíritu. Es allí como el artista puede lograr un equilibrio entre permanecer y resistir, o permanecer resistiendo. Aflorar resistencias al olvido, y procurar nuevas posibilidades de memorias del pasado desinhibidas y desprovistas de cualquier rechazo al cambio.


En definitiva, a ese artista con el cual inicié este viaje y que sin duda desapareció, ahora es necesario confrontarlo con otro que renació, con un cuerpo, sensaciones y emociones diferentes, pero con el espíritu del artista que se conmueve, y que apela a morir para volver a ser, pero no a desaparecer: quedan los rastros, las huellas, de cada paso que ha dado en esa vida de nómada que ha tenido.



## Los rastros

**las huellas:**

**¿Lo  
conocido?**



He llegado a un punto sin retorno. Tras ese viaje lo que conocía ahora me resulta desconocido... Me encuentro en un mundo totalmente diferente. Me es imposible mirar como antes. Me doy cuenta de que lo conocido no existe, siempre existe algo nuevo. Todo este viaje me planteó buscar una imagen, la de H y, a pesar de haber creado y encontrado muchas imágenes, tengo la certeza que todavía no la he podido encontrar. Quizá no la encuentre nunca. Y será esa búsqueda la que me impulse a seguir en la creación.

Me encuentro en un ir y devenir entre lo desconocido y conocido; transformando lo conocido en desconocido, en un círculo que nunca acaba, pero que me mantiene vivo. Este estado me mantiene en una búsqueda constante que me permite como artista deambular por mis sueños, y me ha dado la libertad de ficcionar mi propia realidad. Una manera de desaparecer, de morir y de renacer en diferentes derivas.

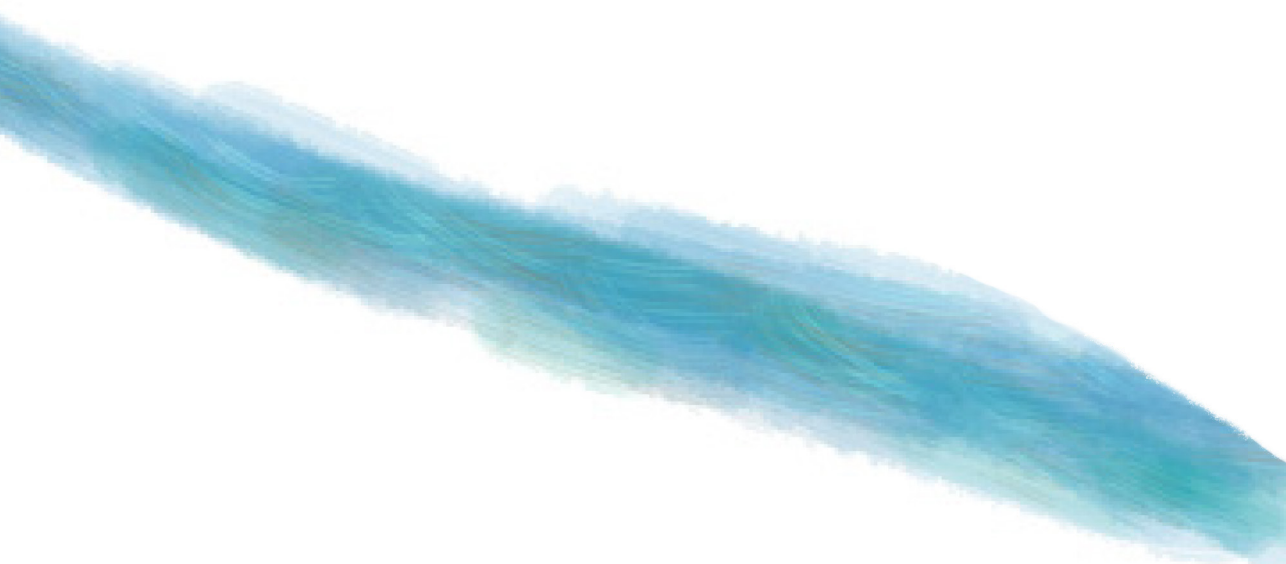


### •Una deriva por Bocas de Ceniza: el señor Medina

Esta fue mi primera deriva, que me permitió deambular por el tajamar donde desemboca el río Magdalena, a donde solía ir a comer pescado y apreciar la unión del río con el mar. Pero esta deriva con intención poética significó para mí, ver lo conocido, como algo completamente desconocido: mis sentidos se activaron y comenzaron a percibir lo familiar como algo ajeno. Desde las casas de madera, hasta cada uno de los pescadores que volaban sus cometas. Todo lo que ya había visto era nuevo para mí. Entonces aventura a decir que el observar lo familiar con tiempos largos es una necesidad para el quehacer artístico. Ya lo sabía Guy Debord.

Este primer viaje marcó un nuevo cambio en la percepción de las cosas. Me dispuso a una porosidad nueva en mi cuerpo; permitió percibir sensaciones diferentes a las que ya había tenido en mis anteriores visitas, sensaciones que pasaron por mi cuerpo y fueron marcando mi deriva.

Ese fue el primer intento de construir una imagen, cuando de la única casa de material del tajamar salió un hombre gigante, con pasos muy lentos fumando tabaco: imagen imponente. Ese fue mi primer encuentro con el Señor Medina, un hombre de avanzada edad, con un caminar lento por los años. Ha dedicado toda su vida a la pesca.



Después, llegaron otros. Al lado del río Magdalena, el señor Medina ha sido testigo de toda la violencia que este país ha vivido, después de atravesar el país de sur a norte, tras un recorrido de cerca de 1.500 kilómetros desde la laguna de la Magdalena en el Páramo de las Papas hasta mar Caribe en Barranquilla. Tiene alrededor de cincuenta años de vivir en el tajamar de Bocas de Cenizas. Su casa ya sin pintura, totalmente desgastada. Sus paredes dejan asomar el pasar de los años. Esta casi destruida y con varias grietas. Era la antigua casa de los pilotos que llegaban a este puerto.

Todos los días el señor Medina emprende una travesía hacia la pesca, por un camino que no es fácil de transitar, angosto e inestable, lleno de rocas y en medio del salpicar del río y el mar. En ese lugar se puede sentir un viento fuerte y constante, viento que revuelve el olor del tabaco de Medina, con el olor del río y del mar, viento que le permite a él lanzarse a la pesca todos los días. La preparación de ese acto se convierte en todo un ritual: tirar la atarraya para sacar las sardinas que le servirán de carnada para los peces más grandes; preparar la cometa; forrarse los dedos índices con caucho, para evitar que el nylon corte sus manos mientras pesca; así hasta elevar la cometa. Sí, la cometa que elevan los pescadores de Bocas de Ceniza, es la que le permite entrar al mar sin desprenderse del tajamar. Es su práctica diaria y la que lo hace sentirse orgulloso: una lisa, una mojarra, un róbalo atrapados y que van saliendo del mar (esa).

Él ya me había contado en marzo de 2018, mucho antes de mi viaje a Armero en agosto de 2019, que noviembre de 1985 había sido una época dura. Esos días estuvo pegado a su vieja radio y pasó sentado por horas en su silla de tablas fumando su tabaco. Recuerda que escuchaba detenidamente las noticias del seis y siete de noviembre, de todo lo que sucedió esos dos días en el Palacio de Justicia con la retoma realizada por parte de la fuerza pública y que lo único que lo tranquilizó en esos días, fue irse a pescar con su cometa a orillas del tajar. Definitivamente yo nací para pescar, me dijo. Su oficio era lo único que lo tranquilizaba. Me comentó que una semana después del Palacio de Justicia sucedió lo de Armero. Días después, sigue, mientras pescaba observó cómo el río había comenzado a oscurecerse y que duró así por varios días: eran restos de Armero, cuerpos, sillas, mesas, camas, ollas, rocas, árboles, copos de algodón que fueron arrastrados al Mar Caribe. “Esos días preferí no pescar, fueron tantas cosas que sucedieron tan seguidas que ni la pesca me logró tranquilizar”.

Quizás el nombre de Bocas de Cenizas también haya una de las predicciones de Casandra, queriéndonos avisar que este río recogería todos los muertos y desaparecidos de este país y quizás por eso su gris, al unirse con el mar. Cenizas como las que dejó la toma y retoma del Palacio de Justicia, cenizas de Armero, cenizas y cuerpos que fueron arrastrados por el río.

Bocas de Cenizas: agua salada y agua dulce. Boca del cráter Arenas: fuego y hielo: deshielo, avalancha, cuerpos enlodados, cuerpos sepultados, cuerpos a la deriva...

Suenan las bocas: suspiro, murmullo, grito, aullido....

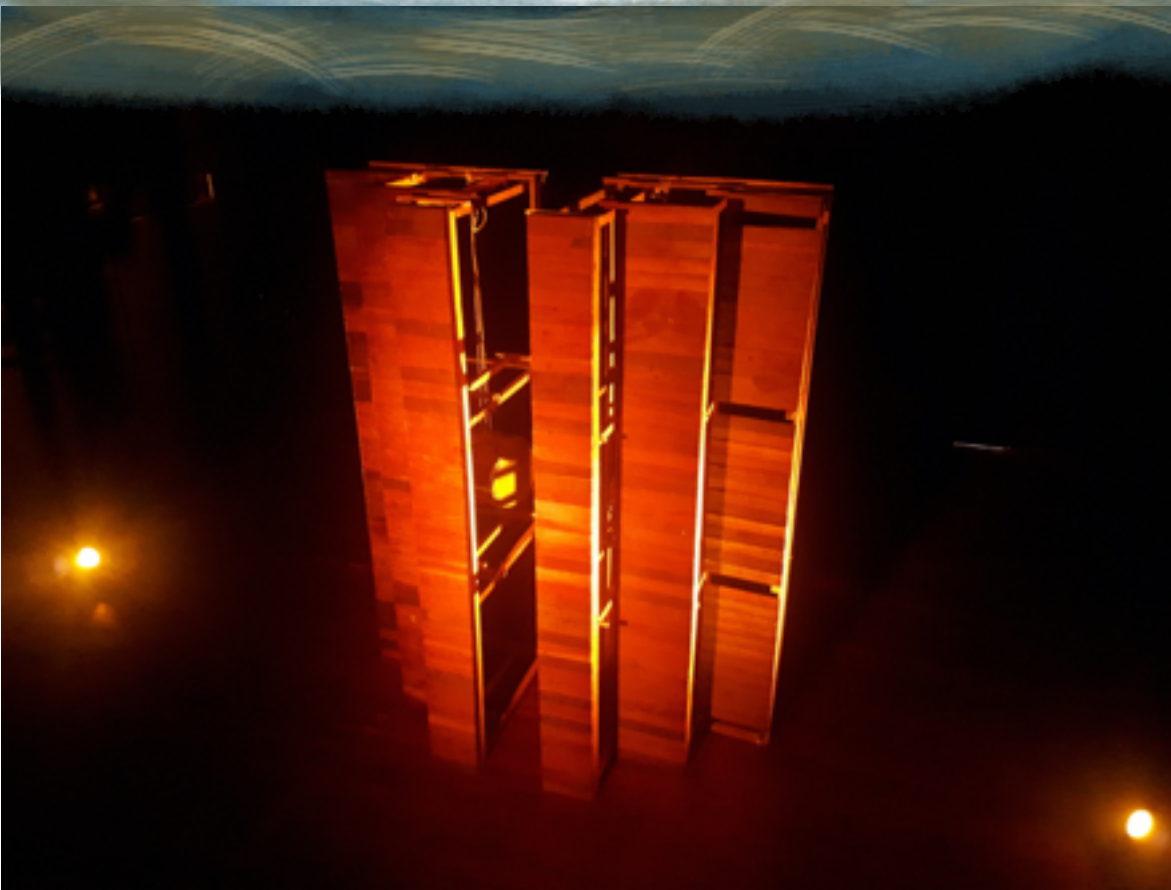




## •Palacio de Justicia y Armero

Cuando uno viaja a Bogotá es imposible no hacer una escala en la Plaza de Bolívar y si es el caso tomarse una foto en la Plaza de Bolívar, con el Palacio de Justicia de fondo, o recordar la ballena de Gustavo Zalamea anclada en cuadrícula de cemento. Y aunque vemos la reconstruida edificación (no queda un solo vestigio en el exterior de esa tragedia, nada que recuerde el incendio, los desaparecidos, el ruido, el tanque entrando por la puerta de metal), nos enfrentamos a lo desconocido: no sabemos del todo qué pasó los días 6 y 7 de noviembre de 1985 dentro de los palacios de justicia y presidencial. No sabemos si con la muerte el expresidente Betancur se haya llevado ese secreto a ese lugar de no retorno.

Buscando mi biografema, entre biografía y historia, como señala el inventor de este concepto, Roland Barthes, se me hizo palmaria la imagen del Palacio de Justicia sacudido por la entrada de un tanque de guerra y luego envuelto en llamas hasta su desaparición. Ni un rastro quedó de él. Y por otro lado, cómo es posible que la justicia se asiente en un palacio, morada de monarcas, soberanos que sólo tienen súbditos.





**Escombros**

**Cenizas**

**Fuego**

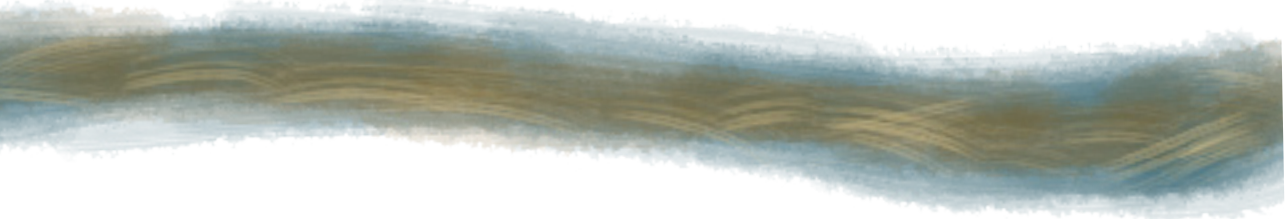
**Disparos**

**Gritos**

**•Desaparecidos**

¿Cómo construir algo desde la destrucción?

Fue una de las inquietudes que como artista me planteé. Construcción y destrucción coexistiendo en un solo mundo poético. Así como en mi quehacer artístico tuve que desplazarme, creando desde la propia destrucción de los conceptos y formas que había como fijado. Después de haber dejado a un lado la atarraya y la cometa del señor Medina y de haberme enfrentado a las imágenes de horror, comencé a indagar mate-



riales que me alejaran de la palabra como narración y de la imagen figurativa: me sumí en la indagación del espacio y de la luz. Esa exploración me permitió crear otra imagen mediante la cual transponía el Palacio de Justicia con unas bancas de maderas, que, al moverlas por el espacio y cambiar su orientación usual horizontal por una vertical, lograron transmitir la imponente de la mole de cemento del Palacio de Justicia y los claroscuros que su historia tenía.

No puedo negar que una de las luchas constantes ha sido cómo poner, cómo usar la palabra, así que en esta ocasión desapareció después de varios intentos. Otra materia que comenzó a germinar fue la sonora, y sin lugar a duda también H quiso salir en uno de los primeros ejercicios, pero su imagen nunca apareció, se desapareció junto con aquellos después de este gran holocausto durante la retoma del Palacio de Justicia.

El cuerpo también hizo mayor presencia en esta ocasión, un cuerpo topo que se planteó una búsqueda por las estructuras, una búsqueda que llevaba al cuerpo a un límite físico, un agotamiento real, no actuado y que durante todo el gesto no paraba, haciendo visible mientras subía y bajaba en medio de las estructuras en la respiración, una respiración agitada, agotada realmente. Llevándolo al límite y las propias estructuras de maderas, mientras crujían por el pasar de este cuerpo. Agoté así, en el sentido deleuziano de explorar todas sus posibilidades, las materias cuerpo, espacio, luz y palabra y la relación entre ellas. Algo se moría en este agotamiento, producto de una búsqueda demasiado voluntariosa por la forma. Como si hubiera quedado sordo para los materiales que había expuesto.

Al Palacio de Justicia también había llegado Casandra cuando la inteligencia militar descubrió los mapas del Palacio de Justicia en manos de miembros del M-19. Pero, como ocurre con Casandra, su voz no fue escuchada. Y entonces solo se oyó luego la voz de un hombre, de armas: “Aquí defendiendo la democracia, maestro”, la que quizás alcanzó H la noche del 6 de noviembre de 1985.

Somos fáciles de manipular. Al final el encanto del fútbol fue la gran cortina de humo, que nos hizo olvidar por un momento todo lo que estaba sucediendo ese día en el Palacio de Justicia y nos sentamos a celebrar el gol y dejamos de escuchar al presidente de la Corte Suprema de Justicia pidiendo ayuda.

**Goooooooooooooooooooooooooooo**  
**oooooooooooooooooooooooooooo**  
**oooooooooooooooooooooooooooo**  
**ooooooooooooo|||||**

Agotada la imagen del Palacio de Justicia, llegó una mesa. Aquella que era una de las tantas alojadas al interior de ese palacio invadido. Apareció suspendida en un espacio vacío, con una luz bien definida, tenue, que dejaba entrever un cuerpo acurrucado debajo de ella, un cuerpo comprimido en un espacio limitado.



En este nuevo viaje me enfrenté a la decisión de realizar la operación de sustracción. Abandonando la imagen de grandeza de las bancas de madera y quedándome con solo una mesa en ese espacio. Esta imagen que encontré en este gesto fue realmente potente, hasta el punto que mi cuerpo pudo haber salido del espacio y quedar como una instalación, pero faltaba algo, no sabía qué era en el momento, pero sabía que faltaba algo. Así que comencé en un principio a poner en una lucha constante mi cuerpo con la mesa hasta llevarlo al agotamiento, seguía siendo potente pero todavía faltaba algo.

Ahora eran dos cuerpos uno arriba y otro abajo. Uno queriendo tumbar al otro y el otro a no dejarlo subir, pero, seguía faltando algo. Así que entró la palabra, lo que nuevamente me llevó a mi quehacer teatral y a la memorización de un texto, un discurso del Che Guevara en la ONU, luego traté dejar que se evidenciaran las fallas de memoria: quedé a la

merced de la improvisación y de la angustia que esta me generaba. En ese punto me sentí completamente desamparado casi obligado a regresar debajo de la mesa, para sentirme seguro. Lo que me hacía dar cuenta de que todavía faltaba otra cosa. ¿Pero, qué?

En este punto pude entender que a pesar de que la imagen que encontré era tan potente, existía un problema formal y entendí que la forma por sí sola no me llenaba. Faltaba algo, algo que realmente le diera vida, un sentido al hacer y a la toma de decisiones. ¿Cómo se revitaliza esa forma? Eso es donde lo bello se había agotado. Así que me quedé con la mesa, pero ya no flotaba. Al contrario, puse sobre ella un molino, en el que se muele el maíz en este país, molino que comenzó a develar un sinfín de materias.

**Gruooo  
ooo  
ooo  
ooo  
ooo**

En primer lugar, la materia sonora, ese crujir de hierro fundido, como el despertar del volcán Arenas ese 13 de noviembre de 1985. Me despertó a mí, y junto a mí, completamente despierto estaba H, invitándome a un gran viaje a ese lugar que yo no conocía, pero el cual decidí emprender en búsqueda de esa imagen que me faltaba, la imagen de H, Hernán mi hermano, de la cual solo conocía fragmentos de pequeñas historias de las que pocas veces se hablaba en la casa. Voces que casi no se escuchaban, así como Casandra tampoco se escuchó en Armero.

Además del sonido y de H, el molino fue arrastrando muchas más materias, el café de Armero, pero que al mismo tiempo se conecta con el café de la Sierra Nevada de Santa Marta; de ese olor a café tostado que al pasar por el molino recuerda a ese crujir como anunciando un despertar de algo. El barro que cubrió a todo un pueblo de cerca de 30.000 habitantes que no lo esperaban esa noche, que me enmascara a mí permitiéndome poder contar esa historia sin ser yo. Lodo que destruye, pero al mismo

tiempo sirve para modelar, creando lo que nuestra imaginación y manos puedan modelar.

El hielo que tras su derretimiento creó esa gran avalancha de lodo, hielo que al tocarlo puede uno sentir el frío, el frío de la muerte.

En este viaje encontré en el sueño la posibilidad de construir imágenes, pero que aún estoy en la búsqueda de la imagen que más me importa la de H.



## H

Empiezo a recordarme como otros me recuerdan.  
Un retrato que nunca existió.

Ojos color miel, ojos en medio del fuego, no lo sé;  
cabellos rubios, cabellos de oro o de cenizas, no lo sé;  
boca pequeña, labios rosados, no lo sé;  
orejas grandes que aun así, no me permitieron oír el estruendo.  
Un cuerpo que no apareció.

Treinta y tres años después, comienzo un viaje de retorno de una  
montaña a otra:  
una nevada que llega al mar; agua.  
la otra, un volcán en erupción; fuego.  
¿Cuál habitará en mi recuerdo?  
¿Será el mar o será el fuego?  
Ambos habitan en mí.  
También el fuego que incendió papeles y cuerpos.

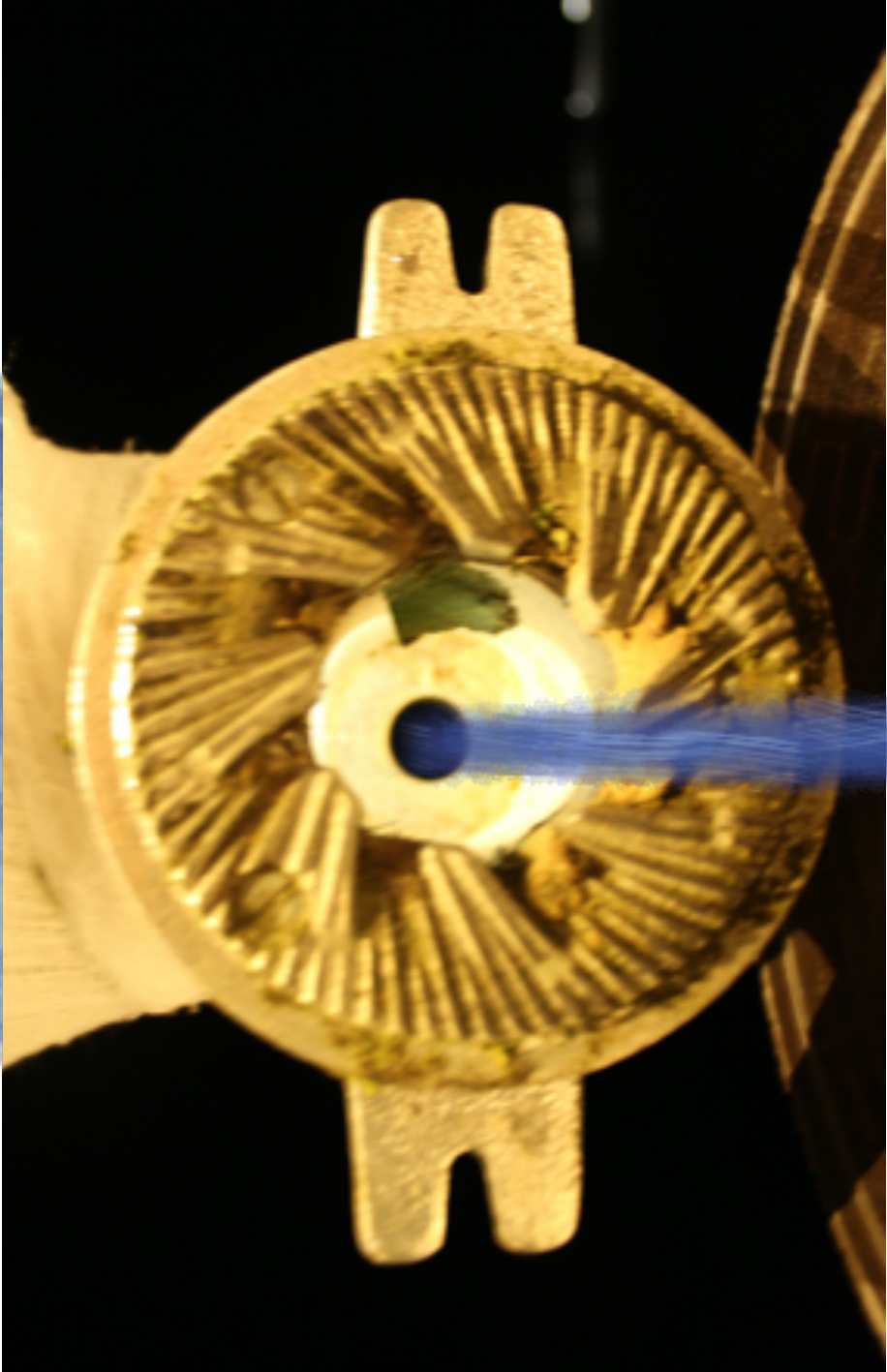
¿Será este fin o el inicio? No lo sé.  
¿Será que el fin del olvido está por llegar?

¿Y si el ruido del silencio me permite escuchar más de mí?

Café de la montaña de mar  
Barro del volcán  
Palabras que nadie escuchó  
Hojas que dan sombra.

Aquí estoy:  
en mi universo inexistente: sombra, fantasma, desaparecido,  
triturando fragmentos;  
fragmentos de historias, recuerdos y memorias.







•Lo  
• conocido  
• en  
• el  
• teatro

Encontrar a H, como se vio en este recorrido, no fue tarea fácil. Estuvo apenas alimentado de pequeños fragmentos de historia. Podría decir que mi vida de una u otra manera está marcada por mi condición nómada, de desarraigo, de la cual sólo llevo jirones. Y el de H era de todos el más pequeño. Tanto que no lo había visto. Y para verlo tuve que recurrir al sueño. Quizá Calderón de la Barca tenía la clave: *la vida es sueño*.

Esta condición nómada, vivida entre la vigilia y el sueño, me fue de gran utilidad para desarraigarme del teatro que venía haciendo por años, de ese teatro conocido con el que inicié la maestría, con técnicas expresivas convencionales y que al inicio no me permitía dejar entrar

a otras disciplinas o lenguajes artísticos en mi proceso: la música, la danza y las artes plásticas. Pero confrontar el ser y el hacer de un artista, permite ampliar la mirada, ver y comprender la riqueza de la interdisciplinariedad; aprender cada día del conocimiento colaborativo, cooperativo, permitir y permitirme aprender de los otros, apreciar y admirar las posibilidades, y potencialidades de mis compañeros y nutrirme de éstas como ladrón en las artes.

Me formé en un grupo de teatro con larga tradición en la ciudad de Barranquilla, el grupo de Teatro Arro'conmango, fundado en 1985 y el cual me adoptó desde el 2006. El grupo posee una pequeña sala de teatro "convencional", lo que haría suponer que todas sus obras son condicionadas o influenciadas por la tendencia del teatro a la italiana, pero pasa todo lo contrario: la gran mayoría de los montajes han ido en

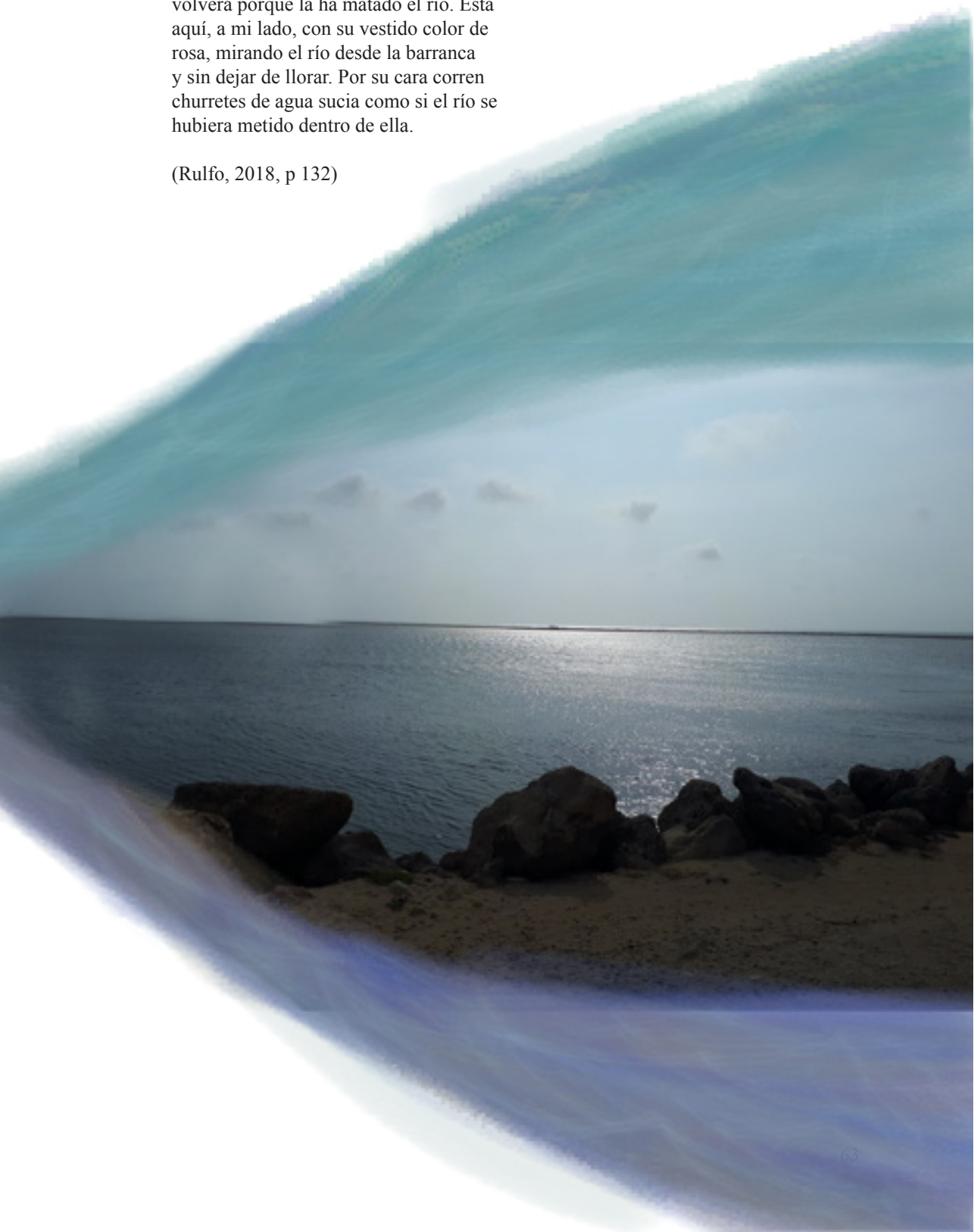
contra de ese espacio convencional. Se hacen montajes para espacios abiertos, y en algunas ocasiones que se ha trabajado “teatro de sala”, se rompe ese convencionalismo con miradas alternativas.

Con esta idea teatral de por sí subversiva, inicié este viaje, convencido de mi afortunada ventaja de venir de una práctica cercana a las Artes Vivas, pero en definitiva, la ignorancia suele ser atrevida como reza un viejo refrán. Con el paso del tiempo y mis búsquedas de imagen, mis conocimientos requirieron ser puestos en abismo. emprendí una pequeña muerte, para empezar a renacer en el movimiento de aprender-desaprender-reaprender, tres momentos que me permitieron encontrar el sentido, el valor y el camino para comprender que todo proceso, seguirá siendo un proceso inacabado, una fuente de conocimientos y exploraciones inagotables. Que la persistencia en la incertidumbre y una gran escucha a lo que va apareciendo hace parte de la riqueza de las Artes Vivas;. Esta actitud inquieta y atenta simultáneamente ha enriquecido mi trabajo, mi propuesta y mi proceso con el conocimiento de los otros. Ha sido es parte de la humildad con la cual me entregó ahora la práctica artística.

Diversas formas de expresión, comunicación y retroalimentación me han abierto un gran abanico de posibilidades y han ampliado mi campo de visión y acción como artista, que, si bien viene y seguro seguirá del teatro, en el cual escucharé la fuerza de los materiales, de las intuiciones, antes de imponer una forma. Con la fuerza de la ausencia de H pude aguantar los embates de las incertidumbres, imposibilidades, fracasos... Busqué su imagen a través de ripios de recuerdos ajenos, de archivos insuficientes, de ficciones y crónicas de sobrevivientes. Fue el universo del sueño, como ya dije, el que me permitió acercarme a ella. Acercarme, insisto, porque aún la sigo buscando. Quizás algún día la encuentre, la verdad no lo sé. Pero seguiré recorriendo todos esos lugares que me acercaron a H: Bocas de Cenizas, la Sierra Nevada de Santa Marta, Bogotá, Armero y quizás muchos más que encuentre en el camino.

Y la tacha llora al sentir que su vaca no volverá porque la ha matado el río. Está aquí, a mi lado, con su vestido color de rosa, mirando el río desde la barranca y sin dejar de llorar. Por su cara corren churretes de agua sucia como si el río se hubiera metido dentro de ella.

(Rulfo, 2018, p 132)



**H**

*(en búsqueda de una imagen)*

**•La primera imagen ...**

En el espacio, a un lateral de la parte posterior, una estructura de metal cónica con un bloque de hielo iluminado.

En el centro, una mesa con un molino instalado, aviones de papel. En la mesa: café, barro, arena...

**Entra una luz cenital tenue sobre la mesa y sonido de agua**

*(de pie frente a la mesa y el molino, el autor de esta ficción-imagen)*

- ¿Qué estaría soñando H, la noche del 13 de noviembre de 1985 en su cama en Armero?

•  
•  
•





## Referencias

### Bibliográficas

Bataille, G. (1997). *El erotismo*. Barcelona, España: Tusquets Editores, S.A.

Caballero, A., Molano, A., Rincón, H., Cano, A. M., Romero, R. S., Navia, J., Neira, A., Correa, J. D. y Cardona, J. (2015). 1985. *La semana que cambió a Colombia*. Bogotá: Semana Libros.

Correa, J. D. (2018). *El barro del silencio*. Bogotá: Laguna Libros.

Deleuze, G. (s.f). *El agotado*. Recuperado el 9 de noviembre de 2019, del sitio web: <https://edespecial8.files.wordpress.com/2014/07/gilles-deleuze-el-agotado.pdf>

Esquilo. (2015). *Tragedias completas*. Bogotá: Panamericana Editores.

Álvarez Gardeazábal, G. (1991). *Los sordos ya no hablan*. Bogotá: Plaza & Janés.

Simón, Fray Pedro. (1892). *Noticias historiales de la conquista de la tierra firme en las Indias Occidentales*. Bogotá: Casa Editorial de Medardo Rivas.

Oficina de Redacción (1985, septiembre 19). *Por erupción del Ruiz llegan tres científicos internacionales*. *El Tiempo*. p, 9E.

Quignard, P. (2015). *La imagen que nos falta*. (A. P. Mallard, trad.) México: Ediciones Ve S.A.

Ríos González, G. (2015, noviembre 12). *Tragedia anunciada*. *Primicia Diario*. p, 18. Recuperado de

<http://primiciadiario.com/archivopdf/2015/11/12/Primicia%20621%20Noviembre%2012.pdf>

Rulfo, J. (2018). *El llano en llamas*. Madrid: Ediciones Cátedra.

Sloterdijk, P. (2006). *Venir al mundo, venir al lenguaje*. Valencia: Pre-Textos.

## Filmográficas

Ospina, L., González, E. [Banrepcultural]. (2018, agosto 24). *Hablemos de verdad: lo real vs lo verdadero en el cine* [Archivo de video]. Recuperado de <https://www.youtube.com/watch?v=drwzMjFr9Hs&feature=share&app=desktop>

Panh, R. [Cristiane c. sant ana]. (2018, abril 5). *L'image manquante HD*. [Archivo de video]. Recuperado de <https://www.youtube.com/watch?v=0FR6TnyoAO0>

Panh, R. [DocumentaMadrid] (2017, mayo 4). *Rithy Panh - Retrospectiva - DocumentaMadrid 2017*. [Archivo de video]. Recuperado de [https://www.youtube.com/watch?v=Vz\\_YrpBM4yk](https://www.youtube.com/watch?v=Vz_YrpBM4yk)

Sachse, R. (productor) y Guzmán, P. (director). (2010). *Nostalgia de la Luz*. [documental]. Francia: Atacama Producciones, Alemania: Blinker Filmproduktion y WDR y Chile: Cronomedia.







